RAMÓN MELGAR

La bancarrota de una Civilización

(Guerra europea de 1914)



BUENOS AIRES
[illegible]
1914

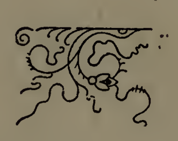


LA BANCARROTA DE UNA CIVILIZACIÓN

(GUERRA EUROPEA DE 1914)

POR

RAMÓN MELGAR



1914

DEL MISMO AUTOR

El Libertador de América — Drama histórico en tres actos.—Un tomo 103 páginas, 1901.

Factores negativos—Estudio sociológico de las causas que detienen el desarrollo del progreso argentino.—Un tomo 210 páginas, 1906.

La aptitud para la lucha por la vida—Estudio pedagógico-social.—Un tomo 306 páginas, 1909.

Sangre nueva — Estudio pedagógico-social.—Un tomo 223 páginas, 1911.

Rivadavia—Boceto biográfico del prócer.—Un tomo 216 páginas, 2.ª edición, 1911.

La nacionalización de la intrucción primaria—Estudio de una cuestión de gran interés nacional.—Un tomo 104 páginas, 1911.

El credo cívico—Compendio de moral cívica.—Un tomo 116 páginas, 1912.

ADVERTENCIA

Estas páginas fueron escritas al correr de la pluma para "El Nacional" de Dolores, a medida que se iban desarrollando los acontecimientos de la tremenda tragedia que tiene por teatro a los países de la vieja Europa. Sin embargo, las ideas expuestas no son la obra de una improvisación emotiva, sino que es la síntesis de razonamientos concretos formada a través de prolongadas lecturas y constantes meditaciones. Sólo en la parte que se refiere a los hechos recientes hemos tenido que formar nuestro juicio después de un prolijo examen de las noticias tan contradictorias que circulan. Pero los hechos comprobados han servido de base para trazarnos una ruta y formular nuestras conclusiones, las que exponemos con sinceridad y franqueza.

Creemos que ningún ciudadano de una democracia podrá mirar con simpatía los desplantes del absolutismo ni las imposiciones de la fuerza; nuestro espíritu está formado en un ambiente de libertad y tolerancia, dentro de los principios sobre los cuales se fundamenta nuestra civilización. Por eso, nuestra manera de ver quizá discrepe con la de los que se sugestionan por ideas secundarias o por impresionismos momentáneos.

La justicia de una causa despierta nuestras más vivas simpatías y los derechos de los pueblos son dignos de todo nuestro respeto, por lo cual los atropellos y las violencias no encontrarán jamás nuestra justificación, y mucho menos cuando quienes los cometen poseen la suficiente responsabilidad que les garantiza su cultura.

La tesis de este trabajo no es en modo alguno un insulto para los pueblos de Europa; es más bien un lamento arrancado de lo más íntimo del alma. Los que la

impugnen son muy dueños de tener su opinión, pero nadie osará modificar los hechos que pertenecen al mundo.

La circunstancia de vivir en los mismos instantes en que los acontecimientos históricos se producen, hace imposible la imparcialidad absoluta de criterio para juzgarlos, por lo cual los verdaderos historiadores de esta guerra todavía no han nacido. Pero confiemos en la justicia que al andar del tiempo ha de sacar triunfante a la verdad para responsabilizar debidamente a quienes resulten culpables de esta catástrofe.

Dejamos que los lectores de estas páginas formulen libremente su juicio, y si coinciden con nuestra manera de pensar, formulamos nuestros votos por que cada cual sea un exponente eficaz de la civilización de América, la que ha de cimentarse sobre la paz de las naciones y la confraternidad solidaria de las razas.

Ramón Melgar

Dolores, noviembre 6 de 1914.



I

La guerra europea de 1914

La tremenda tragedia que se desarrolla en los pueblos envejecidos y enfermos de la Europa, despierta en el ánimo de los neutrales los sentimientos más opuestos: de un lado los admiradores de la fuerza que la justifican como el árbitro único de los destinos de la humanidad, y del otro los defensores del derecho que protestan con energía contra las manifestaciones de esa fuerza que pretende derribar los fundamentos éticos de toda una civilización.

Ante la colosal contienda nadie puede en realidad permanecer indiferente, porque la lucha es tan inmensa y son tan terribles sus efectos, que es imposible en los momentos actuales no sufrir directa o indirectamente la influencia desastrosa de esta guerra. Jamás ha acaecido en la humanidad tan gigantesco cataclismo, que afecte sus intereses primordiales; la hecatombe la hiere en su

propia entraña amenazándola seriamente en su misma existencia.

Las naciones que han preparado esta catástrofe y que durante años han venido pacientemente perfeccionando sus armamentos y aumentando hasta lo indecible su poder militar, han conspirado criminalmente contra la civilización; pues la paz armada ha sido una rémora que ha detenido el progreso de los pueblos, debilitando sus energías y empobreciéndolos, sin provecho para nadie. Parece mentira que en los viejos organismos de los países del antiguo continente, donde tantos hombres de pensamiento superior han florecido, donde los ideales de humanidad, de solidaridad, de confraternidad universal se han proclamado muchas veces, se hayan estado afilando en las sombras con criminal intento, las cuchillas del odio, de la traición y del asalto, para despedazarse mútuamente, así que se levantara el velo de hipocresía con que se cubría la diplomacia. La influencia de los sabios, de los filósofos, de los sociólogos, ha sido negativa, y más han podido los atavismos brutales que las doctrinas de los hombres.

La Europa ha fracasado en su civilización; el ejemplo que da al mundo revela su decrepitud, su insuficiencia moral, su vesanía. La actual conflagración que desangra a tanto pueblo laborioso, no es otra cosa que un suicidio por impotencia. Es la resolución extrema del sacrificio ante la ineptitud para solucionar por la razón una cuestión de intereses comunes.

La guerra brutal y sin ejemplo que como un azote se desencadena sobre los pueblos europeos de mayor prestigio, es una regresión, es una manifestación de decadencia. Prueba el desequilibrio, la confusión, el miedo; y es la expresión geunina de una bancarrota moral, de una disolución de ideales comunes, para extender el egoismo y despedazar al más débil. ¿Dónde están los superhombres de esas civilizaciones, que se hayan levantado con decisión enérgica y soberana para evitar la catástrofe?.... ¿Qué han hecho los gobiernos para ahorrar ese derramamiento de sangre que se vierte tan inútilmente?.... ¿Dónde están las voluntades inquebrantables que se hayan opuèsto con tenacidad para evitar el conflicto?..... La humanidad ignora esas arrogancias viriles para mantener la paz de las naciones europeas.

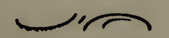
La guerra era un hecho fatal, dicen los políticos, y la guerra ha venido. Las rancias monarquías, que como un anacronismo en nuestros tiempos aún dirigen los destinos del mundo, nada han hecho para evitarla. Todo lo contrario, han creído que es la guerra su mejor baluarte y sostén, y llevando a "sus pueblos" como mansos rebaños, han cometido el mayor de los crímenes. Todos se han sometido a la fuerza de los acontecimientos y la sangre preciosa de tanto noble pueblo se vierte sin piedad.

La deslealtad y la cobardía para aceptar cada cual su responsabilidad resaltan ante el más ligero examen. Deslealtad, porque todos han pre-

tendido engañarse con frases hipócritas, proclamándose portaestandartes del pacifimo, mientras las usinas fundían cañones, construían buques, fabricaban cartuchos; y cobardía, porque en el momento histórico del hecho, ninguno encara la cuestión fundamental, aceptando la responsabilidad que le corresponde. Parece que en la emergencia actual hubiera ausencia absoluta de todo sentimiento generoso y noble, y ante la razón de los cañones que siembran la desolación y la muerte, destruyendo ciudades, incendiando templos y bibliotecas, matando mujeres y niños, exclavizando a los prisioneros como en pasadas épocas e imponiendo enormes exacciones al vencido, se consideran inútiles todas las palabras de humanidad, ya que la realidad de los hechos habla con elocuencia de la barbarie preponderante.

Jamás podrán justificarse ante los serenos fallos de la historia los hechos vandálicos, los atropellos al derecho, las injusticias, los crímenes repugnantes. La realización de esos mismos hechos por los pseudo-pueblos cultos, son evidentes manifestaciones de sus odios ancestrales, de su intolerancia, de su barbarie. La destrucción inmotivada, el daño estéril, la violencia sanguinaria por el hecho de ser más fuerte; es manifestación de inferioridad, de instintos primitivos y salvajes, de sentimientos feroces, de perversidad innata. Los pueblos civilizados no son grandes por su fuerza material impuesta injustamente; lo son por su respeto al derecho ajeno sostenido por la fuerza

material para hacer respetar el propio. Si la fuerza impera y se pone al servicio de la injusticia, la civilización del pueblo que tal acto realiza se resiente. Es verdad que el beneficio de una conquista material puede favorecer al que la realiza, pero todo acto de violencia contra el derecho ajeno es indigno, y la superioridad por la fuerza no es siempre revelación de grandeza y predominio. El predominio pertenece a las ideas, a la libertad, a las conquistas inmortales del progreso, a la implantación de doctrinas indestructibles, que hacen grandes e invencibles a los pueblos por la fuerza del derecho, que es la razón de ser de las entidades colectivas y a la que jamás se puede atacar impunemente. Los imperios más poderosos fundados solo en el predominio momentáneo del poder material, son frágiles, no perduran y se derrumban. La razón del más fuerte cede ante otra fuerza superior, mientras que la razón de la justicia es eterna aunque sea débil quien la proclame. El error de un pueblo está en atropellar a otro para satisfacer sus egoísmos o justificar sus vanidades. La justicia universal ha de serle adversa y el fruto de su conquista en tales condiciones ha de hacérsele amargo.



II

Anacronismo de la civilización europea

Es innegable que la civilización actual es fruto de la Europa. Los pueblos exparcidos en aquel pequeño continente, que han tenido que luchar sin tregua contra factores mesológicos diversos para supervivir, a la vez que la guerra entre sí ha constituído casi su estado normal hasta el extremo de ser la paz un accidente, han evolucionado, sin embargo, hacia el más avanzado perfeccionamiento intelectual, a despecho de las taras hereditarias que como lastre morboso han pretendido detener su avance. La civilización ha culminado allí con el florecimiento de las ciencias, las artes y las industrias, pero el exceso de población y las dificultades opuestas por las exigencias de la lucha por la vida, han despertado una competencia virulenta, y es así como el factor económico ha impulsado a los pueblos desarrollando sus energías.

Pero allí, en aquel foco de actividad y de lucha, algunas ideas por demás arcaicas y retrógradas obran negativamente en el desenvolvimiento del progreso europeo, de modo que las conquistas realizadas por un lado, se ven obstruccionadas por otro. Asi, la ignorancia tiene en Europa sus fuentes tradicionales, y la superstición y el fanatismo están imperantes ejerciendo su perniciosa influencia, subyugando con sus cadenas a muchos millones de individuos. En el más civilizado y culto de los continentes palpita prependerante el fervor religioso, y los pueblos fanatizados aún por abstracciones que jamás han comprendido, no han podido independizar su conciencia, y como en las antiguas edades, el politeismo prevalece, ya que cada pueblo rinde a sus dioses su fervoroso culto, con dogmas, ritos y liturgias propias, que son resabios del paganismo de cuya influencia la civilización no ha podido desprenderse en absoluto. ¿Porqué los pueblos de Europa no han podido sacudir el yugo de su subordinación religiosa? ¿Porqué no han podido establecer la unidad de las creencias y el monoteismo universal?... Porque el atavismo obra sobre su psique y malgré su cultura tan decantada, la superstición se mantiene y la ignorancia no se abate. Es así como han podido mantenerse el Vaticano, el jesuitismo, Lourdes, la sangre de San Jenaro, el islamismo, el protestantismo con sus innumerables sectas, la religión ortodoxa y todas las religiones aberrantes. Y es así también, como cuatro poderosos monarcas han lle-

vado a sus pueblos a la más espantosa carnicería que los siglos han presenciado, invocando cada cual a su dios para tenerlo como aliado!....

Por otra parte, las dinastías que en los diversos tronos de Europa han ejercido preponderante influencia, viven imbuídas en las ideas del medioevo; no se han preocupado de disipar la ignorancia de sus pueblos, para que las ideas de igualdad, de libertad y de confraternidad sean postulados arraigados en la conciencia de las colectividades; ellas han necesitado del subterfugio y de la ingenuidad para prevalecer, ya que sus coronas se mantienen erguidas por el "derecho divino"... Y los pueblos, sometidos y acostumbrados a esas imposiciones, han aceptado esa mentira convencional tal vez como una necesidad de su propia existencia, pero al hacerlo han fundado su estabilidad sobre una base falsa. Los frutos que semejante estado de cosas ha dado no pueden ser más deplorables: la moral de las naciones es una iniquidad. El atropello, la violencia, el despojo del vencido, el asesinato colectivo, la destrucción del más débil, son sanciones que todos los países aceptan como hechos gloriosos cuando la suerte de las armas les es propicia.

Pues bien, la mentalidad de pueblos tan apegados a sus tradiciones y empecinados para conservar hasta sus aberraciones, es un campo accesible para toda idea de absorción y de predominio, y es así como el imperialismo militar se ha impuesto y ha enloquecido a esos pueblos. El aumento de

la población que la previsión malthusiana puede llevar hasta un límite conveniente, despierta la ambición y el orgullo, proclama la razón de ser del derecho de conquista, y desde entonces no es suficiente la competencia económica que ha de dar el triunfo al mejor productor, sino que el militarismo surge como casta preponderante, y en vez de obtenerse un mercado consumidor, se pretende una plaza fuerte....

La acción lenta y pacífica del trabajo profícuo que va conquistando con perseverancia los mejores puestos en la demanda universal, ya no satisface al desordenado apetito del imperialismo, porque no se resigna a golpear en la puerta del vecino para ofrecer los productos de la laboriosidad de un pueblo, sino que quiere imponerse como dueño y señor.

La cultura ha realizado progresos, indudablemente, y la civilización europea se enorgullece de ello; pero en el orden del sentimiento, en lo que afecta a la moral, hay honda crisis, porque el egoismo se ha acentuado, los sentimientos humanitarios son cada vez más débiles y el perfeccionamiento de las armas de destrucción impone condiciones innobles, como el espionaje, la sorpresa, la traición, la crueldad, el engaño y la falsía, para herir a mansalva y destruir con el mínimum de peligros al adversario. Hasta se pretende establecer como un axioma que la nación más civilizada es la que cuenta con las mejores máquinas perfeccionadas para el exterminio de los pueblos!...

Resulta de todo esto que la cultura es más aparente que real, porque la cultura va en pos del perfeccionamiento del hombre para la conquista de la felicidad, y no hay que confundir la adquisición de conocimientos que pueden ser mal empleados, con la educación que redime y exalta los buenos sentimientos. Es que existe la barbarie de hecho; el hombre sigue siendo el lobo del hombre, y los pueblos en vez de realizar una política de paz y de acercamiento, se extravían en la competencia y establecen entre si hondos abismos de odios y rivalidades.

Las ideas democráticas han conquistado algún terreno en los vetustos organismos de las civilizaciones europeas, pero con tantas limitaciones, que su acción no puede computarse como una fuerza efectiva para la paz del mundo. La voluntad de las monarquías y de las clases gobernantes priman aunque sea en contraposición con los intereses vitales de los pueblos. El socialismo que ha predicado durante tantos años el pacifismo no ha podido acercar a los pueblos encaminándolos hacia un ideal común, y el alistamiento voluntario de los socialistas en las filas de los beligerantes, es el golpe de gracia de su doctrina. Una vez más quedará demostrado que las palabras son letra muerta ante la ambición de los césares. La declaración de guerra ha sido el toque de llamada a las filas y todos han concurrido gustosos a empuñar un fusil para despedazarse, olvidando las declaraciones de los congresos internacionales y las

canciones de la confraternidad de los pueblos y las razas. Los cánticos guerreros resuenan entusiastas acompañados con el retumbar de los cañones que como suprema razón del predominio, resuenan en los campos de batalla de la aflijida Europa. Mañana esos pueblos enconarán más aún sus odios, y el antagonismo en la miseria y el hambre hará más profunda la obra de división y competencia, fomentada por las dinastías imperantes y sus políticos. Que carguen con la responsabilidad que les corresponde ante la conciencia universal y ante la historia.



III

Antecedentes históricos

Cuando el ejército francés caía envuelto en Sedán por las tropas prusianas, y la impericia y el desorden del imperio de Napoleón III recibían el más rudo de los golpes, la Europa entera debió extremecerse, por que el pueblo que cedía en aquella jornada ante un empuje superior, no se resignaría jamás a la imposición del orgulloso adversario, sabiendo que su vanidad no quedaría satisfecha con la fácil victoria, porque pretendía la humillación de Francia y la hegemonía continental.

Los errores de Napoleón III habían llevado fatalmente al país a una dolorosa contienda, y aquel pueblo valiente pagaba con su sangre esos errores. El fútil pretexto de la guerra, que lo constituyó una simple cuestión de dinastía, y que como se ha dicho, la guerra fué declarada por dos mentiras, siendo la de Ems la más intencionada

y la mejor urdida porque la cabeza de Bismarck la formulaba, no pudo tener el prestigio de una causa popular, y en vano el espíritu de Thiers se levantó con energía para impedirla porque engañado el militarismo imperial de su poder, la impuso. Eso era precisamente lo que anhelaba el gran canciller prusiano. La guerra era un hecho necesario, salvador y urgente para la Prusia, pero no quería su gobierno cargar con la responsabilidad histórica de declararla, y la habilidad de su diplomacia hizo que Francia fuera la responsable. Bismarck y Moltke se cambiaron una mirada de júbilo cuando la falsificación del famoso telegrama de Ems había producido sus efectos. La astucia colocaba a los enemigos de Francia en situación ventajosa, ya que ellos estaban preparados para la guerra y conocían perfectamente la desorganización y el desorden del imperio de Napoleón III.

Y así vinieron Sedán y la caída de Metz y el sitio de París y la pérdida de la Alsacia y la Lorena. El enemigo miró complacido desde los muros de París el desgarramiento de aquel pueblo viril, de aquel pueblo que contempló el mismo rey de Prusia, no pudiendo contener un grito de admiración, cuando cerca de Sedán lo veía caer diezmado para romper las líneas que lo cercaban en Illy...

Al entregar su espada Napoleón III después de la derrota, dejaba consumada una obra de trascendencia. Su situación ya era insostenible y

aquel pueblo no podía soportar por más tiempo a un gobierno que lo había conducido al desastre. En los aciagos días de la Comuna, en que las más espantosas escenas de horror conmovían a París ante la mirada impasible de los prusianos, surgió llena de esperanzas la república como una consecuencia del terrible fracaso. Hubo que firmarse la paz y el enemigo victorioso impuso en Francfort sus condiciones. ¡Cinco mil millones de francos como indemnización de guerra y la cesión de la Alsacia y la Lorena!... En vano los delegados franceses trataron de convencer a los prusianos de las fatales consecuencias que tendría el error de hacer conquistas territoriales en países constituídos, pues los vencedores no analizaron otras razones que las de su propia conveniencia y obligaron a aceptar sus condiciones. En el Salón de los Espejos, en Versailles, se había organizado el imperio alemán, y considerándose fuerte por la unión y en condiciones de imponer su voluntad, no cedió un ápice en sus pretensiones, y desde entonces se estableció un abismo entre aquellos dos pueblos. Si Francia cometió un lamentable error declarando la guerra a Prusia, otro error no menos lamentable y de consecuencias funestas para la paz europea lo cometió Alemania anexando a su imperio la Alsacia y la Lorena.

¿Podía ser duradera una situación creada en semejantes condiciones? Francia resolvió pronto lo relativo al tributo pecuniario que le impuso el vencedor, y jamás hubiera pensado en reivindi-

caciones ulteriores si a eso sólo se hubiesen reducido las imposiciones prusianas, aunque la suma se hubiese duplicado, ya que el empréstito subscripto alcanzó a la fabulosa cantidad de cuarenta y tres mil millones de francos. Pero jamás podría soportar resignada el desmembramiento de su territorio, porque este hecho humillante afectaba a su misma existencia y dejaba subsistente una cuestión de rivalidad y de odio entre dos naciones vecinas.

La república realizó la obra de reparación sobre las ruinas de aquella desgraciada monarquía, pero bien pronto las fuerzas vitales de aquel país vigoroso, se pusieron de manifiesto, hasta el extremo de despertar, cinco años después de la derrota, los recelos de Alemania, quien miraba con asombro aquel despertamiento repentino que amenazaba nuevamente su predominio. Fué entonces cuando apareció un formidable competidor ante cuya influencia se vió obligada a ceder, pero jurando venganza para el momento oportuno en que por su poder y su prestigio estuviese en condiciones de hacerle frente. La amenaza de Rusia de invadir el territorio alemán con tres millones de soldados, impidió que nuevamente fuera aniquilada la Francia.

Mientras tanto, el pueblo francés avanzó con rapidez por el camino del progreso. Sus instituciones se afianzaron, sus industrias florecieron, su cultura se impuso y fué París el cerebro del mundo civilizado. Una era de grandeza y pros-

peridad se había iniciado y por su desenvolvimiento moral y material fué Francia admirada. Es verdad que cometió errores, pero también es cierto que supo reconocerlos y corregirlos cortando en carne viva.

La democracia francesa ha dado desde entonces pasos trascendentales en el orden de las ideas filosóficas, libertándose de los prejuicios y atavismos que presionaban su espíritu y encadenaban su conciencia. Ella ha logrado establecer la racional separación de la Iglesia y el Estado, ha instituído el laicismo en la enseñanza y ha dado los fundamentos de la moral sin dios, como obra de los hombres y como base fundamental de la familia humana. Sus instituciones docentes, saturadas del más amplio espíritu de libertad, son modelos que pueden imponerse como el producto más genuino de una época de avanzada civilización. El espíritu de refinada cultura de sus pensadores, de sus sabios, de sus literatos, de sus políticos, es la prueba evidente de su triunfo dentro del ambiente de la civilización actual, y ese espíritu exparcido por todos los centros civilizados del globo, es el que impone al reconocimiento universal, la grandeza de Francia.

La democracia extendida por todos los ámbitos del mundo y la libertad afianzada sobre bases inconmovibles, es su obra grandiosa y legendaria. Es su más gloriosa victoria en la civilización de los pueblos.

Se critica a Francia que no se resignara sumi-

samente a su papel de vencida; que no aceptara como definitivos los hechos producidos a raíz de su derrota, y que soñara con la "revanche" como la obra más grande y trascendental de su existencia. Es imposible pretender imponer a un pueblo consciente y libre una subordinación tan deprimente, para aceptar resignado lo que considera una humillación y una injusticia; y si cien veces ese pueblo fuera vencido, jamás habría de abdicar de sus derechos y seguiría constituyendo su ambición más vehemente la reivindicación de su heredad que es su patrimonio de los siglos y es el eslabón más poderoso de su integridad. Pero la aspiración de aquella reivindicación fué un hecho moral que no tuvo jamás una manifestación concreta ni un plazo determinado. Constituía uno de los ideales sobre los que se organizó la república, y fué más un símbolo que una deliberación definida, y como la amenaza quedó pendiente porque el imperialismo germánico, envalentonado y preponderante, no ha cesado de pertrecharse durante medio siglo para imponer su hegemonía al mundo, la República Francesa tuvo también que soportar la tiranía de la paz armada, haciendo los más grandes sacrificios, pero no ya con un propósito hostil cegado por la idea de la "revanche", sino con la conciencia plena de su deber de defenderse, si no quería soportar otra vez la dura imposición prusiana, porque comprendía que el estallido era fatal, y que Alemania la atacaría nuevamente, sino por un motivo real, aunque fuera por

otra mentira como la urdida hace cuarenta y cuatro años en Ems.

Pero Francia ha sabido conquistar las simpatías universales, no sólo por los prestigios de su cultura, sino también por la justicia de su causa y por su abnegación en la defensa de sus derechos, y dispuesta siempre al sacrificio, como si esto fuera una imposición fatal de su destino, pronta está para asombrar al mundo, sea cual fuere el resultado de la guerra.

IV

Rasgos psicológicos del pueblo alemán

Grande y fecunda ha sido la obra de Alemania en sus últimos cuarenta años, durante cuyo lapso de tiempo ha revelado sus múltiples aptitudes para el desenvolvimiento del progreso, a la vez que su perseverancia y su tenacidad para labrar su propia grandeza. Situada en tierras poco favorecidas por la prodigalidad de la naturaleza, su pueblo ha tenido que formarse un espíritu laborioso y emprendedor para vencer los obstáculos del medio ambiente y trazarse la ruta de sus destinos futuros. Con una tradición de bravura indomable, legada en herencia por razas y pueblos que llenan con sus proezas muchas páginas de la historia de Europa, conservó latentes sus energías y se consagró a la obra constructiva de una nacionalidad fuerte y aguerrida.

Comprendió desde luego que para llegar a grandes destinos, era menester despertar en el pueblo

el hábito del trabajo, levantando paralelamente la mentalidad de las masas hasta un nivel superior, porque el triunfo definitivo bajo la faz económica dependía de la aptitud especializada sobre el cartabón de la más estricta división del trabajo. Y así, aquella nación marchó triunfalmente entre todos los pueblos modernos, como una máquina inmensa, de la cual cada habitante se consideraba una palanca con una función determinada. La obra final resultó completa: la Alemania asombraba al mundo por sus grandes conquistas, y las ciencias tuvieron un despertamiento colosal con el brillo de muchos talentos que hoy pertenecen a la humanidad.

No fué menos digno de admiración su desenvolvimiento económico: en pocos años el industrialismo adquirió un vasto desarrollo y los productos de sus fábricas buscaron mercados extranjeros haciendo la competencia a las naciones productoras ya acreditadas en todos los mercados del mundo. Siguiendo siempre el régimen de la especialización, el pueblo alemán ha podido fácilmente conquistar nuevos mercados para sus productos, desalojando en muchas partes a sus competidores, lo que significa la consagración de su triunfo económico. La población de su territorio ha ido aumentando constantemente, lo que ha contribuído a dar mayor relieve a la grandeza de esta nación, aunque, como lógica consecuencia de este fenómeno, las necesidades aumentaron pro-

porcionalmente y las dificultades económicas cada vez se hicieron más sensibles.

Paralelo al engrandecimiento del pueblo alemán, se ha desarrollado también con vigoroso impulso el parasitismo militar, bajo la perniciosa influencia del kaiser que ha fomentado por todos los medios el desarrollo de ese verdadero cáncer que corroe la entraña de un pueblo tan laborioso, y que insume toda su savia y su energía.

Formado el espíritu del monarca desde su más tierna infancia bajo la influencia imperante de la espada, después de sus triunfos en Austria, Dinamarca y Francia; contemplando las conquistas de sus abuelos con el orgullo del feliz heredero a quien se le da en custodia tanta tradición gloriosa, y exaltado por el romanticismo atávico de su temperamento que lo impulsa fuertemente hacia el ejercicio guerrero, no ha podido aquel espíritu subordinarse a la quietud y a la tranquilidad que reclama el progreso de su pueblo. Con un entusiasmo digno de los tiempos heroicos, y con la convicción profunda de que el militarismo es la expresión más pura de la grandeza de una nación, el kaiser ha militarizado a su pueblo haciendo que toda la nación entera responda a ese único y primordial propósito. La mayor parte de las rentas que aquel pueblo laborioso produce son para sostener y aumentar cada vez más su poder militar; sus ferrocarriles, sus caminos, sus canales, sus telégrafos, puentes, puertos y todos los servicios de la nación, obedecen a un plan admirable de estra-

tegia, hasta el extremo de decirse que todo el imperio alemán es una fortaleza inexpugnable.

Durante largos años ha estado Alemania organizando pacientemente sus fuerzas; se han fabricado armamentos en cantidades fabulosas; la escuadra ha insumido enormes caudales, porque el monarca aspiraba al dominio de los mares; el conde de Zeppelin se ha elevado a la categoría de ser hoy el primer hombre del imperio, porque su descubrimiento da a Alemania el predominio militar en los aires; los aereoplanos y los submarinos forman flotas, y así, la obra del gobierno, se ha encaminado con marcada preferencia a la organización de un país poderoso, para estar en condiciones de imponer su hegemonía al mundo.

El pueblo alemán, que con tanta proligidad y paciencia ha elaborado la grandeza de su nación haciéndola concurrir en la competencia universal con sus manufacturas, ha pagado bien caro el delirio militar de su kaiser, porque sobre él gravita un sistema impositivo ruinoso y el empobrecimiento de las clases trabajadoras es la consecuencia de semejante régimen.

La jerarquía militar es la preponderante en todos los órdenes sociales, y la Alemania entera es un cuartel donde brillan los entorchados y donde todos quisieran lucirlos. La nobleza tiene grandes prestigios por las ventajas que disfruta en aquella nación, pero el militarismo es por excelencia la profesión preferida, la que abre todas las puertas, la que merece todas las consideraciones, la que

asegura el porvenir, y he aquí como todo el mundo, desde el más modesto hasta el más encumbrado, sólo piensa en ingresar al ejército como la aspiración de mayor trascendencia. Y todo aquel pueblo está subordinado, subyugado y deslumbrado por el militarismo, y nadie es capaz de sustraerse a su influencia.

Esa es la psicología por excelencia del pueblo alemán y es el kaiser su representante más genuino. El mismo es un producto de ese sistema, formado sin duda por la herencia y por el medio ambiente de su país. Su misticismo medioeval que lo ha llevado al convencimiento de ser un predestinado de su dios para dirigir los destinos del mundo, se ha convertido en una obsesión, en una verdadera vesanía que se manifiesta por sus exaltaciones megalómanas. El se considera el único soberano prepotente en el mundo a quien su dios ha armado el brazo para destruir a todos sus enemigos de un solo golpe. Y el pueblo fanatizado por el imperialismo, creyente sincero de la superioridad de Alemania sobre todos los pueblos de la tierra,—**Deutchsland über alles!**— mira a aquel soberano que se proclama emperador por **derecho divino,** como al enviado del dios para redimir a los pueblos y someterlos a su yugo! Y cosa inexplicable, aquel pueblo inteligente, capaz, ilustrado, que hace gala de su cultura y que sobresale por su ciencia, no ha tenido un solo gesto ante los desplantes místicos de su soberano, y sumisamente ha aceptado sus proclamas medioevales, donde

con todo garbo se manifiesta enviado de su dios, cual si fuera otro Atila, de quien se honra en ser digno heredero!

Esta creencia funesta es la ruina de ese gran pueblo; es la carcoma que lo corroe, que lo desangra, que lo aniquila. Sólo la paz, grande y soberana conquista de la civilización, es el excelso bienestar de las naciones, y los pueblos enloquecidos por el militarismo son esclavos al fin de sus ambiciones. Los sueños imperialistas del kaiser, de eclipsar las glorias del prisionero de Santa Elena, lo han impulsado a querer constituir en Europa un vasto imperio anexando a su corona naciones vencidas y sometidas a su omnímoda voluntad. El pueblo le rinde generosamente el tributo de su sangre para la realización de esa aventura, sin duda con la esperanza gloriosa de ver extendidas las fronteras de la patria hacia todos los mares del continente europeo: **Deutchsland über alles!....**



V

El imperialismo prusiano

El espíritu del pueblo alemán está envenenado por el militarismo preponderante, que lo tiene subordinado a su conveniencia para medrar sin reparo. La tradición de Federico el Grande y de Guillermo I; la arrogancia del famoso canciller de hierro y el prestigio de Moltke, han saturado aquel ambiente de nocivas tendencias y han despertado en la conciencia de las masas un estúpido orgullo. Nada hay, en efecto, para ellos que sea superior; parece que pensaran estar formados de una pasta divina por lo cual nadie puede sobrepujarlos en la tierra. Y francamente, son muy dignas de elogio algunas cualidades del pueblo alemán, pero nada hay en ellos que no sea común a los demás pueblos civilizados.

La mentalidad de aquel pueblo, fecunda en energías por la potencialidad de muchos cerebros descollantes, no es tan sorprendente en la historia

del mundo como para caer de rodillas ante aquella nación admirando su grandeza a la vez que reconociendo la inferioridad de las demás. El poder de asimilación y adaptación quizá sea más tenaz en Alemania que en otros pueblos, precisamente por la individualización de sus aptitudes en la división del trabajo; pero si bien la mente especializada se tonifica en la contínua labor, pierde esa vivacidad, esa amplitud de miras, esa flexibilidad y ese poder de generalización que singulariza a otros pueblos. Por otra parte, la constante dedicación a un solo trabajo, es verdad que perfecciona las aptitudes individuales dentro del organismo social, pero subordina demasiado, inhabilita al individuo para marchar por si solo en otra orientación que no sea la habitual, y fácil es entonces sugestionarlo en determinado rumbo.

Por eso, parece increíble que hombres de una capacidad superior; sabios, sociólogos, eminencias científicas, se sientan profundamente inclinados a la más ciega obediencia, y que como el último ganapán se sometan incondicionalmente a las imposiciones del militarismo. Sacados de sus especializaciones se convierten en mediocridades y andan con muletas en la multitud. No tienen independencia de acción por que no están acostumbrados a obrar con libertad. El espíritu de disciplina cuando es excesivo anula la iniciativa particular y es entonces el individuo nada más que un simple resorte de una máquina.

Todas las voluntades están sometidas a la volun-

tad arrogante y despótica del kaiser y nadie se atreve a obrar por propia iniciativa. El soberano se ha impuesto en forma absoluta y todo está subordinado a su voluntad: su personalidad es sagrada e infalible, su dominación ilimitada. Es una teocracia disfrazada, un gobierno feudal donde el monarca tiene facultades tan amplias, como la de declarar la guerra por su sola voluntad! La felicidad de todo un pueblo que se proclama tan civilizado depende del capricho de un hombre que bien puede ser un vesánico!

Al servicio del monarca y de su patria, todos los hombres están subordinados, y es así como cada alemán en cualquier parte del mundo donde se halle, está obligado a la obediencia a su soberano. Por esto se ha extendido el espionaje alemán por todas partes, convencido cada súbdito del kaiser de servirlo bien aunque sea traicionando la gentileza que les brinda la hospitalidad extrangera.

La invasión de los prusianos al territorio francés llevado a cabo en 1870 no ha cambiado sino de forma después del tratado de Francfort, porque si bien las tropas vencedoras se retiraron después de satisfecha la indemnización exigida, un verdadero ejército de aventureros de todas las clases sociales se exparció por toda la Francia absorbiendo sus industrias, su comercio, sus manufacturas y hasta su prensa, al amparo de la tolerancia de aquel pueblo hospitalario que no pensaba que su generosidad fuera retribuída con la traición. Y eso es, en efecto, lo que ha sucedido:

el espionaje alemán estaba en todas partes, con una organización perfecta y con su centro directriz en Berlín. Ha empleado todos los medios imaginables para obtener los datos que el estado mayor de aquel país necesitaba para colocarse ventajosamente sobre sus adversarios para la guerra que pacientemente venía preparando.

¿Puede considerarse superior un pueblo que adopta semejantes procedimientos, elevándolos a la categoría de las más nobles funciones del estado? ¿No ha sido siempre el espionaje un oficio indigno e infamante que cubre de baldón tanto al que lo ejecuta como al que lo ordena?... Si las exigencias militares de un país imponen tales procedimientos, hay que convenir en que no existe nada innoble para la casta militar que basa toda su gloria y toda su pericia en la traición hecha al enemigo. Indudablemente que en las cuestiones de táctica y estrategia es necesario conocer el terreno donde se ha de operar, pero es que el espionaje lo invade todo; todo lo corrompe y lo sojuzga; nada respeta, se infiltra hasta en las más respetables intimidades empleando los medios más repugnantes e inaceptables. Cada súbdito del kaiser es generalmente un espía y es de esta manera como ha podido el estado mayor alemán reunir datos minuciosos, enorgulleciéndose después del éxito de sus pesquisas.

La constante preocupación del gobierno alemán por conocer lo que pasa en casa de sus vecinos, revela sus intenciones nada pacíficas, pues a la par

que amontonaba datos para formular sus planes de campaña, perfeccionaba sus armamentos con inusitada prolijidad y aumentaba sin cesar sus fuerzas de mar y de tierra.

El pangermanismo, que con tanta tenacidad se ha manifestado en estos últimos tiempos es una exteriorización de su vanidad y de su orgullo, que conduce a aquel pueblo al delirio de pretender el dominio del mundo considerándose superior a todos, pero esta superioridad que bien pudo revelarse con manifestaciones más nobles y generosas para la especie humana, no tiene otro modo de exhibirse sinó en su forma más brutal, en la que si bien demuestra una preparación indiscutible obtenida en medio siglo de ensayo, también pone en evidencia sus instintos sanguinarios, su crueldad, su feroz sentimiento y su odio a la civilización que escarnece con la sangre derramada y con sus atropellos al derecho de las demás naciones.

Las aspiraciones de las naciones en la actual civilización no pueden inspirarse en los principios que pone en práctica Alemania, porque de hacerlo así retrogradaríamos a épocas en que la fuerza era la suprema razón preponderante. Alemania ha inferido una sangrienta ofensa a la civilización, con lo cual obscurece todo el prestigio de sus conquistas. Tal es el pueblo que ha preparado el actual conflicto europeo y a quien la humanidad entera responsabiliza.

VI

La política de expansión colonial

El acrecimiento de la población ha contribuído, como es natural, al aumento de las necesidades de los pueblos europeos y a establecer el desequilibrio económico, porque la producción de cada país no basta para el consumo. Se hace indispensable el intercambio de productos, pero este mismo intercambio no es tan lucrativo cuando se establece entre naciones igualmente productoras, porque buscando mútuamente la especulación y el mayor lucro, la competencia de los similares trae como consecuencia el abaratamiento del producto. Para que la producción sea ventajosa es menester abrir nuevos mercados ultramarinos y poseer colonias; de aquí la ambición de las grandes potencias de conquistar vastos dominios allende los mares.

Fueron España y Portugal los países que tuvieron las más grandes y hermosas colonias del mun-

do, en tierras de buen clima y altamente productivas, que constituyeron las más ricas posesiones ultramarinas que país alguno conquistara en aquellas épocas; pero debido al pésimo sistema colonial, al monopolio comercial y al despotismo político implantado como norma, perdieron sus dominios y quedaron relegadas a la categoría de potencias secundarias. Sin embargo, Inglaterra que realizó también la conquista de inmensos territorios, pero sin duda con mejores aptitudes y con criterio más liberal, conserva actualmente un vasto imperio colonial con cerca de treinta millones de kilómetros cuadrados y una población de cuatrocientos millones de habitantes.

La Gran Bretaña ha llevado su acción eficaz y progresista a todas las regiones de la tierra, y ha dado su sanción de hecho al derecho de conquista, aunque muchas veces su poder se ha impuesto atropellando el derecho del más débil para subordinarlo a sus conveniencias.

Pero al fin, las colonias inglesas van progresando y la causa de la civilización se ha extendido; lo que viene a compensar en cierto modo la violencia empleada para imponer su dominio, por que por evolución natural, esas colonias están llamadas a constituir otras tantas nacionalidades cuando por su potencialidad económica y por su capacidad política estén en condiciones de emanciparse.

Francia tiene también en Africa, Asia, América y Oceanía importantes territorios, con una ex-

tensión de 10.500.000 kilómetros cuadrados, y cincuenta y cuatro millones de habitantes, y aunque las colonias francesas no están a la altura de las del Reino Unido, por su distinto sistema colonial, son centros de verdadera importancia industrial y comercial. Holanda, Bélgica, Italia y Dinamarca también poseen las suyas, y a esta necesidad de expansión territorial no pudo permanecer indiferente Alemania, que después de constituir su unidad nacional y merced a sus progresos y a su militarismo preponderante, se ha colocado a la par de las grandes potencias. Pero Alemania, cuyo engrandecimiento es bien reciente, llegó tarde para conquistar un vasto imperio colonial, y sólo pudo obtener algunas tierras en Africa, Asia y Oceanía, con una extensión de cerca de tres millones de kilómetros cuadrados y unos doce millones de habitantes. Pero esas colonias están ubicadas en regiones poco favorecidas por la naturaleza y no son propicias para el desarrollo de un vasto plan de colonización, lo que constituye una de las causas más poderosas del descontento germánico.

Si el reparto de las colonias se hubiese verificado en época reciente, cuando ya Alemania constituída podía aspirar al ensanchamiento colonial que las otras potencias han realizado y se la hubiera excluído intencionalmente en la distribución de las tierras, sería lógico el descontento germánico, y hasta podría justificarse que tomara por la fuerza lo que por la fuerza se le arrebataba. Pero no ha ocurrido nada de esto: las colonias

de Inglaterra, Francia, Portugal y Holanda datan de una fecha anterior al engrandecimiento alemán, y no puede con justicia culparse de exclusivistas a las demás naciones que ocuparon los territorios cuando no existía la competencia germánica, por que sería lo mismo que disgustarse con el anfitrión por llegar al banquete en el momento de servirse los postres.

Las impaciencias teutónicas tomaron algunas veces un aspecto de inusitada violencia, y en más de una ocasión estuvieron a punto de estallar provocando el pavoroso conflicto; pero la diplomacia francesa, con inteligente habilidad pudo contener los ímpetus agresivos del competidor y encontró las fórmulas de desarmarlo, recluyéndolo a sus propias fronteras.

Alemania ha mirado con ojos de envidia las colonias de sus rivales, y su mayor ambición, su sueño acariciado con vehemencia, lo han constituido esas tierras de Argelia, de Cochinchina y del Sudán, ya que siempre consideró obra fácil la de abatir a la República Francesa y aniquilarla. Tampoco es un misterio para nadie la ambición de Alemania de posesionarse del Congo belga, y de las islas de la Malasia, pertenecientes a Holanda. Toda su política se ha dirigido a la realización de esos anhelos y su preparación militar obedecía a tales propósitos.

El general Federico von Bernhardi, uno de los espíritus que más ha influído para exaltar el militarismo alemán, en su obra escrita en 1911, ti-

tulada "Alemania y la próxima guerra", sostiene entre otras ideas extrañas y agresivas para la humanidad, los siguientes pensamientos que constituyen hoy el credo prusiano:

"Las naciones fuertes, dice, sanas y florecientes, aumentan en número de población. En un momento dado necesitan una continua expansión de sus fronteras, necesitan nuevos territorios para el aumento de su población. Como en otras partes del globo hay territorios casi deshabitados, se debe obtener esos territorios a costa de sus poseedores, es decir, por conquista, que se convierte así en una ley de necesidad".

Son, pues, la envidia y la ambición los sentimientos que alientan al pueblo germánico en la presente civilización, por que su orgullo ha crecido con demasía y en su vanidad se cree con suficiente poder para dominar al mundo. No admite que nadie le sobrepuje y en vez de seguir pacientemente su obra de expansión industrial y de ampliación de su comercio, para conquistar los mejores mercados del globo, con la seguridad de que al fin habría de imponerse por sus buenas aptitudes como país productor, ha quebrado el equilibrio europeo, y ha llevado a los pueblos a una sangrienta conflagración de la cual nadie saldrá ganancioso, por que los sacrificios que las naciones beligerantes realizan, no se compensan con un puñado de oro ni con unos acres de tierra. La obra de destrucción y de exterminio que la Alemania realiza en Europa llevando una atroz gue-

rra contra naciones hermanas, es el mayor y más inicuo de los crímenes, y seguramente la misma Alemania será la primera víctima en su obra devastadora.

Ya la política imperialista prusiana ha causado mucho daño a los pueblos de la Europa con el mantenimiento de la paz armada, pues en la convención de la Haya, solo Alemania y Turquía, hoy aliadas, se opusieron a la política del desarme que hubiera sido salvadora. Pero el pueblo germano y su clase directriz estaban preparados para esta obra de destrucción y era necesaria la aventura de una guerra a muerte, para aniquilar a las demás naciones de Europa, sentando definitivamente la Alemania su prepotencia sobre todo el mundo. Ha confiado en la victoria enceguecida por sus sueños deslumbradores de imperialismo, y cuando creyó que podía impunemente realizar su ambición ha dado su zarpazo.

Es así como la aspiración a formar un vasto imperio colonial ha guiado a Alemania a alterar la paz de Europa, prendiendo la tea del gran conflicto y atropellándolo todo sin más derecho que el de su propia conveniencia. La América del Sud, cuyas tierras fecundas y selvas tropicales habían despertado la codicia del imperialismo germánico, talvez en esta emergencia se salve, aunque llora desde aquí las desgracias de Europa, acompañando a los pueblos nobles que rinden su sangre defendiendo sus derechos.

. . . . . .

VII

El statu quo europeo

La "cuestión de Oriente" constituyó siempre un asunto asaz peligroso para la política europea; el "statu quo" mantenido durante largos años fué la clave del equilibrio para asegurar la paz. No eran por cierto la felicidad y los destinos futuros de los pueblos balcánicos lo que a las grandes potencias preocupaba, porque su abnegación no ha llegado jamás hasta el extremo de obrar por puro sentimentalismo, sino la ambición de todas para obtener ventajas en el reparto posible, la codicia sórdida que alentaba sus pretensiones y los mútuos recelos y desconfianzas que una dura experiencia de siglos les hacía comprender que nadie podía confiar en le equidad y espíritu justiciero del vecino, tratándose de expansiones territoriales o de la adquisición de ventajas políticas o comerciales.

Rusia aspiró constantemente a tener una sali-

da por los Dardanelos, pero la política europea no podía subordinarse al predominio eslavo, por que esto constituiría una seria amenaza para los intereses de las demás naciones, y las pretensiones moscovitas fueron resistidas y contenidas. La triple alianza formada entre Alemania, Austria-Hungría e Italia opuso una resistencia decidida al avance eslavo, pero la primera de estas potencias planteó a su vez el problema del pangermanismo que tampoco las demás naciones pudieron mirar con indiferencia.

Francia, presionada por la Alemania y amenazada siempre por esta potencia que acrecía en poder y en pretensiones, estrechó cada vez más sus relaciones con Rusia como una necesidad imperiosa de su propia existencia. En 1904 la cuestión de Marruecos estuvo a punto de producir la colosal hoguera. La influencia tradicional de Francia en el territorio marroquí fué interrumpida momentáneamente por las aspiraciones de la cancillería de Berlín, y la visita del Emperador Guillermo II a Tánger trajo complicaciones que dificultaron la solución del conflicto; pero en 1906 se reunió en Algeciras una conferencia a la que concurrieron delegados de las principales potencias de Europa y de los Estados Unidos, y pudo llegarse a conclusiones que evitaron el estallido en aquel entonces.

Inglaterra que al parecer permanecía equidistante de todas las tendencias, entregada con empeño al desenvolvimiento de su política colonial

era un garante de paz dentro del "statu quo" subsistente. Pero así que se exteriorizaron las tendencias de Alemania y que fueron perfilándose cada vez más sus ambiciones, tuvo necesariamente que ponerse en guardia, ya que la inquietud y los preparativos del imperio germánico se hacían sospechosos. Por otra parte, mientras en Alemania se tomaban aposturas guerreras y se aumentaban los efectivos de sus fuerzas, la diplomacia francesa, sagaz y hábil, empleaba toda su capacidad realizando una política de acercamiento con los demás países del continente desligados de la "tríplice", y es así como llegó a la formación de la "triple entente" que ha sido de consecuencias salvadoras para Francia.

Austria-Hungría estuvo a punto de encender la tea de la discordia con motivo de la anexión de la Bosnia y Herzegovina. A causa de las sublevaciones que hubo en estas provincias turcas, fueron puestas por el tratado de Berlín en 1878 bajo la administración de Austria-Hungría. Este país fué gradualmente asimilándose estas posesiones, anexando primero su territorio aduanero, en 1880; estableciendo un año después el servicio militar obligatorio, y al fin en 1908, decretando definitivamente la anexión. Inglaterra resistió el reconocimiento a la resolución austriaca, y Rusia se declaró formalmente opuesta, subordinando la cuestión a concesiones mútuas en los Balkanes; pero Alemania apoyó decididamente a Austria-Hungría y la anexión quedó consumada de hecho.

Fué Italia, sin embargo, la que dió un paso más arriesgado con su conquista de Trípoli, provocando la guerra con Turquía, porque su victoria relativamente fácil, desalojando a un vecino peligroso por su debilidad y su desorganización interna y que constituía la presa codiciada de tirios y troyanos, trajo como consecuencia inmediata la liga de los estados balkánicos contra el ya abatido gobierno de Constantinopla.

Los resultados no pudieron ser dudosos: las grandes potencias fomentaban abiertamente la desangración de aquellos pueblos y se dijo entonces que allí luchaban Francia y Alemania representadas por sus cañones. Aquella guerra era fatalmente el prolegómeno del colosal conflicto europeo, y abatida Turquía, desmembrada, reducida a la cuenca del mar de Mármara y debilitada considerablemente, la cuestión de los Dardanelos pasaba a ser de un rol secundario en cuanto a lo que se refería a la resistencia turca, pero con mayores perfiles y más netamente surgía en el horizonte político de Europa, el pangermanismo, que ya se consideraba suficientemente maduro y fuerte para implantar su dominio; mientras tanto, Austria-Hungría aspiraba a la anexión de los Balkanes, para tener absoluto dominio de los mares Adriático y Egeo.

Alemania venía preparando desde tiempo atrás un plan cuya aplicación creía ahora improrrogable, y no era el caso de aplazarlo, porque conocido su propósito, levantaría las resistencias consi-

guientes en las demás potencias que se prepararían para frustrarlo. Un pretexto cualquiera, la más simple cuestión internacional, sería la causa inmediata del conflicto, y como por su organización militar podía con la mayor rapidez poner en veinticuatro horas un millón de hombres sobre sus fronteras, todas las ventajas estaban de su parte si sabía obrar con la premura y la energía que las circunstancias exigían. Obrar con rapidez, mientras los adversarios estaban materialmente imposibilitados de hacerlo, tal era lo que consideraba Alemania de fundamental trascendencia para la realización de sus propósitos.

El general Federico von Bernhardi, de quien ya hemos hecho referencia, sintetiza perfectamente en su obra "Alemania y la próxima guerra", el pensamiento germánico, como puede verse por los siguientes párrafos:

"La guerra es una necesidad peculiar para Alemania en el presente (1911). Es necesario que la nación recobre su unidad, que se halla en un estado de lamentables deficiencias; también debe recuperar su fuerza, dirigida, distraída en otros países; asegurar para Alemania el territorio colonial a donde su creciente población encuentre un trabajo remunerativo y amplios medios de vida; proteger a Alemania de las razas eslavas, que han constituído siempre una amenaza para ella.

"Si Alemania quiere conservar sus posesiones actuales y la fuerza de su nacionalidad en el presente y su prestigio en el mundo, no debe retro-

ceder ante una lucha encarnizada. Esa lucha será por la soberanía del mundo.

"Agrava esta inminencia la rivalidad de Francia, que se ha creado el segundo imperio colonial más grande del mundo, mientras que el conquistador de Gravelotte y Sedán se halla muy atrás a este respecto.

"Todo lo que otras naciones obtuvieron en siglos de desenvolvimiento natural, unión política, posesiones coloniales, poder naval, comercio internacional—fué negado a nuestra nación hasta muy recientemente. Lo que ahora queremos obtener, solo podremos obtenerlo luchando y ganándolo contra la fuerza superior de intereses y potencias hostiles.

"Pero la guerra no es solo una necesidad para Alemania; es también un deber que tiene con el mundo.

"No hay nación cuya mentalidad esté a la vez tan libre de prejuicios y presente caracteres históricos tan intensos como la mentalidad alemana, que sabe armonizar la libertad intelectual con las restricciones de la vida práctica. No hay nación en el mundo que sea tan apta para seleccionar y apropiarse elementos de cultura, darles la tonalidad única de su genio y devolver a la humanidad mucho más de lo que ha recibido.

"A menudo vemos en otras naciones desarrollarse con mayor intensidad una habilidad especial; pero nunca igual capacidad para la generalización y la absorción. Es esta una cualidad que

pone en nuestras manos el dominio del mundo intelectual y nos impone la obligación de mantenernos en tal posesión.

"Los alemanes de todas las profesiones son empleados en todos los países del mundo al servicio de amos extranjeros. Pero esto no es bastante. El cumplimiento del deber de Alemania para el mundo dependerá de dos cosas: primero, cuántos millones de hombres hablan alemán en el mundo; y segundo, cuántos de ellos son politicamente miembros del imperio alemán.

"Esta es la disyuntiva del porvenir de Alemania: el dominio del mundo o el hundimiento.

"Para resolver esta disyuntiva, Alemania debe adoptar una actitud agresiva, como lo hizo Federico el Grande y más recientemente en la historia, el Japón en su lucha con Rusia. Alemania no debe esperar a verse forzada a la guerra, bajo condiciones desfavorables para ella: sería esperar el desastre político.

"Debemos tener presente en todas las eventualidades que bajo ninguna circunstancia podemos rehusar la lucha por nuestra posición en el mundo y que todo lo importante es, no postergar la guerra tanto como sea posible, sino provocarla bajo las condiciones más favorables posibles.

"En la guerra, las ventajas están con el que ataca. Alemania debe, por consiguiente, durante el pèríodo de preparación, llevar hasta su mayor

eficacia el valor táctico y las habilidades de sus tropas, para tomar la ofensiva en la primera y mejor oportunidad.

"En tal guerra, Alemania debe esperar la hostilidad del mundo entero. El imperio alemán es odiado en todas partes por su prosperidad política y económica. La Triple Alianza quedará rota probablemente por la separación de Italia. Rusia al presente (1911) no tiene pretexto para emprender una guerra agresiva. Pero su política de marcar el paso, puede ser solo transitoria. Alemania se encontrará rodeada de enemigos.

"Inglaterra será el principal enemigo de Alemania. Para Inglaterra la neutralidad de Holanda y Bélgica no implica absolutamente nada como punto de honor; pero mucho como punto de interes. Es sin embargo sobre Francia sobre la que debe dirigir Alemania su primer ataque".

Una política inspirada en tales sentimientos no requería nada más que un pretexto para que diera sus fatales frutos y ese pretexto no podía retardarse por mucho tiempo ya. La Europa gravitaba sobre un volcán y una chispa bastaría para provocar el pavoroso estallido. La paz armada se hacía insostenible y la Alemania no podía soportar por más tiempo ese cáncer que la iba consumiendo a pasos agigantados, mientras que en Francia, a pesar de vivirse también con el arma al brazo, un impuesto interno de 895 millones de

francos había sido cubierto 79 veces en seguida, lo que era una prueba evidente de su potencialidad y de su riqueza. La hora de la fatal contienda se aproximaba desgraciadamente, y no debía tardarse en encontrar el pretexto que la provocara.



VIII

La unidad del imperio alemán

En el último medio siglo de la política europea, la Prusia ha sido uno de los países más inquietos, donde el espíritu belicoso se ha conservado con más ardor, constituyendo la agresión su característica más prominente. Alemania no constituía en 1848 una nacionalidad, y era más bien una simple expresión geográfica, pues estaba fraccionada en treinta y seis estados soberanos, unidos solamente por la Dieta de Francfort, único poder general permanente, compuesto por diplomáticos que entendían en los asuntos comunes, los cuales para resolver cualquier cuestión debían pedir órdenes e instrucciones a sus respectivos gobiernos, procedimiento que imposibilitaba tomar ninguna resolución, porque bastaba la oposición de uno para hacer fracasar cualquier propósito.

Era necesario formar con aquellos estados una organización política más fuerte, en la que la soli-

daridad nacional fuera un hecho, y así, entre los años de 1840 a 1848, todos los hombres más prestigiosos de aquellos estados plantearon el problema de la unidad nacional, pero los motines de Viena y Berlín de 1848 pusieron en peligro aquellos propósitos. Sin embargo, las tendencias hacia la unidad nacional se perfilaron después con mayor claridad y sólo quedaron pendientes estas dos cuestiones a resolver: 1.ª ¿Qué países iban a constituir el imperio alemán? 2.ª ¿Qué soberano iba a regir sus destinos?

Los dos estados más poderosos de la confederación eran Austria y Prusia, y uno de ellos debía prevalecer, pero sólo después de la guerra de 1866, resuelta en Sadowa favorablemente a Prusia, pudo al fin darse un paso decisivo para la organización del imperio con la exaltación al trono imperial del rey de Prusia.

Austria renunció a formar parte de la confederación y quedó entonces la Prusia dueña de la Alemania. Anexó los ducados de Scheleswig-Holstein, y los estados de la Alemania septentrional, Hannover, Hesse, Nassau y Francfort, alegando que esos gobiernos se habían negado a aceptar la neutralidad o la alianza que Prusia les ofrecía y que habían tomado parte en la guerra contra ella, invocando de ese modo el fallo de las armas, siéndoles la sentencia contraria según el "juicio de dios", y que la "necesidad política" le obligaba a no devolver el poder de que habían sido despojadas porque podrían suscitar a la política prusiana dificul-

tades de trascendencia. La cámara prusiana quiso sin embargo suavizar el procedimiento buscando otros fundamentos a su derecho que no los de la fuerza imperante, pero Bismarck se opuso resueltamente alegando que "la nación alemana tenía derecho a existir, respirar y unirse, y que Prusia tenía el deber y el derecho de dar a la nación alemana la base necesaria para su existencia."

Sobre la base de Prusia victoriosa se erigió la nacionalidad alemana con los estados del Norte, y sólo después de la guerra con Francia se incorporaron los estados del Sur,—Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt,—unidad que se llevó a cabo durante el sitio de París, en enero de 1871. La confederación tomó el nombre de "Imperio Alemán" y fué el rey de Prusia, Guillermo I, su primer emperador. Al constituirse el imperio en la forma en que lo hacía, realizaba sin duda para sí una obra de trascendencia, pero dejaba sembrada en Europa la semilla de la discordia que más tarde debía germinar fatalmente. El derecho de conquista en el continente europeo quedaba triunfante y la política de la fuerza se vigorizaba.

Aquel imperio no está fundado sobre una base indisoluble, como sería la homogeneidad de la raza, la igualdad del idioma y la comunidad de aspiraciones de los estados confederados, pero como fueron impelidos por la fuerza, aun hoy no están absolutamente asimilados, y los polacos, los hannoverianos, los daneses y los alsacianos no se sienten vinculados a los destinos futuros de la Alemania, y

bastaría un contraste en la actual guerra para que sonara la hora de la disolución de la confederación o de su desmembramiento. Lo que la fuerza y no el derecho ha unido, la fuerza del derecho puede disgregar, porque es una tendencia bien determinada en los pueblos del mismo origen el propósito de reconstruir la entidad nacional, y a pesar del tiempo y de la influencia de una determinada política de asimilación, las razas resisten valerosamente cuando la solidaridad etnológica logra mantenerse latente. Además, la germanización de los pueblos sometidos no se ha verificado con el éxito que la Alemania esperaba porque han sido equivocados sus procedimientos de asimilación, y ahí están la Alsacia y la Lorena como dos cautivas que resisten valerosamente a los embates del germanismo, y en las que el espíritu francés revive cada vez más floreciente, esperando la hora de la reivindicación, como la mejor protesta contra el dominador que no supo conquistarlas.

Donde los elementos constitutivos del país son todavía más diversos, es en Austria-Hungría, nación que ha ido creciendo a las expensas de sus vecinos, resultando su pueblo de una heterogeneidad increíble. La población de Austria-Hungría constituye un verdadero mosaico de razas, de lenguas y de costumbres; de pueblos que no se han sometido voluntariamente a la dominación austriaca, sino que han sido uncidos al yugo de la conquista, manteniendo sin embargo su fe de redimirse algún día para volver a incorporarse a las

naciones de su origen. De los cincuenta y dos millones de habitantes que tiene el imperio austro-húngaro, doce millones son alemanes; diez millones húngaros; ocho millones quinientos mil bohemios, moravos y eslovacos; cinco millones polacos; cuatro millones rutenos; cinco millones quinientos mil croatas y servios; un millón quinientos mil eslovenos; tres millones doscientos mil rumanos; ochocientos mil italianos y latinos y unos setecientos mil extranjeros.

En un país, que tiene organizada su población de tal manera, los vínculos de solidaridad no pueden ser tan estrechos como para mantenerse indefinidamente a despecho de todos los acontecimientos. Si bien la unidad política nacional está aparentemente afianzada, no ocurre lo mismo en lo referente al idioma, a las costumbres y a las aspiraciones de razas, y se mantiene aquel organismo unido, mientras la fuerza no se debilita, pero así que ésta sea quebrantada, el derrumbamiento tiene que producirse por propia inercia.

Las ideas religiosas tanto en Austria como en Alemania, están fuertemente arraigadas y es allí donde el catolicismo tiene mayor número de adeptos, contando con 34 millones en el primero y 24 millones en el segundo. La monarquía austriaca, vetusto vestigio oscurantista, es un centro de despotismo teocrático y de influencia jesuítica. Allí el clero se distingue por sus intrigas palaciegas y sus imposiciones intransigentes. La vieja secta de Loyola maneja a príncipes y potentados y la más

odiosa de las tiranías domina. La influencia de su alianza con la Alemania no se ha manifestado en forma favorable alguna para la libertad y democracia de aquellos pueblos, sino que más bien ha infiuído para afianzar el régimen imperante. También en Alemania gana prosélitos constantemente el clericalismo y su kaiser, que es protestante, no opone la resistencia que a un monarca de su credo corresponde, sin duda convencido que el sojuzgamiento de la conciencia es el mejor aliado para el predominio incondicional del militarismo.



IX

Desmembración del imperio otomano

El imperio otomano, establecido en Europa desde fines de la edad media, poseía la península Turco-helénica y la Rumania, contando además en Asia y Africa con vastos territorios. La organización de este país ha sido sin embargo deficiente y perniciosa para la civilización europea. El sultán ha ejercido durante siglos un poder despótico ilimitado, y encerrado en su serrallo gobernaba por intermedio de sus favoritos, quienes no tardaron en constituirse en dueños de vidas y haciendas de los pueblos sometidos. No imperaba más ley que el Corán, y éste era la única norma que guiaba al imperio bajo su faz política, civil y religiosa. El islamismo era obligatorio para los habitantes del país y todo musulmán que renegaba de la religión de Mahoma era condenado a la última pena. No obstante, se admitían en la sociedad a los infieles ya fueran cristianos o judíos, pero no eran ciudada-

nos y estaban fuera de la ley, siendo, sin embargo, más tolerantes que los cristianos durante la edad media.

Las naciones de la Europa siempre miraron con recelo al "hombre enfermo", como llamaron al imperio otomano, el que siguió viviendo fuera del derecho internacional, con la constante amenaza de su desmembración. Esto fué considerado siempre como un hecho fatal que sólo han podido dilatar los intereses encontrados de las grandes potencias, y ninguna ha querido ceder en sus pretensiones, temerosas de que sus rivales obtuviesen excesivas ventajas; y así, cuando Rusia ha encaminado su política con el pretexto de la protección a los pueblos eslavos para acercarse a Constantinopla, las demás naciones se han opuesto tenazmente porque no convenía a sus intereses el avance moscovita.

Los pequeños estados balkánicos fueron poco a poco recobrando su independencia después de una prolongada dominación otomana, pero no contaron con la ayuda decidida de las grandes potencias que, siempre encerradas dentro de sus egoísmos, han consentido los más atroces crímenes, y sólo ante los hechos consumados han dado su sanción libertando a los pueblos cristianos de la tiranía musulmana.

Fué Grecia la primera nación de la península Turco-helénica que se levantó en armas contra la dominación turca, y durante ocho años, desde 1821 a 1829, lucharon los griegos con heroismo, hasta que, con la intervención de Rusia pudieron procla-

mar su independencia a la faz del mundo, constituyendo un gobierno monárquico en 1833.

También Servia, Rumania y Bulgaria después de esfuerzos inauditos y de cruentos horrores, pudieron sacudir el yugo de la opresión de Turquía, siendo reconocida su autonomía por el tratado de Berlín en 1878. Pero a pesar de la desmembración del imperio otomano, no quedaba resuelto en Europa la cuestión de Oriente: la Sublime Puerta fué la piedra de escándalo de la política del continente y las cuestiones con ella relacionadas quedaron aplazadas para recrudecer en el momento menos pensado.

Los pequeños estados balkánicos, encerrados en las estrechas fronteras de sus límites y condenados a una vida restringida, sin las amplitudes de un porvenir grandioso para el desenvolvimiento de su civilización, bien pronto comprendieron la necesidad de su expansión, y como aun el imperio turco podía satisfacer sus ambiciones proporcionando los territorios que necesitaban, fundaron toda su esperanza en esta política para abatir definitivamente al gobierno de Constantinopla; se coaligaron para la guerra y dieron su golpe oportunamente. Las grandes potencias se cruzaron de brazos y contemplaron el desgarramiento con impasible despreocupación, no porque no comprendieran el peligro inminente que corrían en sus propios destinos, sino precisamente para evitar el desarrollo del doloroso drama que iba a conmover al mundo entero.

. . . .

Dos influencias quedaron de pie disputándose el predominio: la de Rusia, que sosteniendo su doctrina panslavista quería dejar sentado su derecho de proteger a sus hermanos de raza, y la de Austria que no podía sino mirar con desconfianza aquella tendencia. Servia, Grecia, Rumania, Bulgaria y Montenegro obtuvieron algunas compensaciones territoriales después de la guerra, a expensas de Turquía que quedó reducida en el mapa de Europa a un pequeño territorio, pero el problema de la Albania quedaba todavía planteado y por las imposiciones de Viena tuvieron las potencias que decidirse por la formación de una nueva nacionalidad, cuyo destino es bien incierto.

Las pretensiones de los servios eran sin embargo más vastas; querían organizar la "Gran Servia" uniendo los pueblos eslavos bajo una confederación con asiento en Belgrado, y la lucha de intereses entre austriacos y servios, favorecidos estos últimos por la influencia moral de Petrograd (antes San Petersburgo), quedó desde luego planteada. No escaparon, sin duda, para las cancillerías de las grandes naciones, los peligros que entrañaba para la paz europea aquella rivalidad, pero mientras las cosas no salieran más allá del límite de las aspiraciones patrióticas para perfilarse bajo formas más concretas, ese peligro quedaba aplazado indefinidamente. Pero los instantes eran solemnes y las desconfianzas y los recelos fueron adquiriendo cada vez mayor intensidad, y entonces cada cual se aprestaba para asumir la actitud que

mejor encuadrara con la defensa de sus propios intereses.

Mantenida la paz europea a base de armamentos y viviéndose en perpetua vigilancia con recíprocos temores, no era difícil que una causa cualquiera fuera el toque de llamada a los cuarteles. La guerra era en los últimos tiempos un secreto mantenido a voces; los aprestos militares y navales se hacían con celeridad y los estados mayores trabajan sin descanso formulando sus planes. La diplomacia había tentado diferir el estallido, pero no pensó nunca en hacer desaparecer las causas permanentes del conflicto, y la inhabilidad de unos y la astucia de otros, contribuyó a mantener un estado de tirantez que en alguna forma debía solucionarse. La tendencia pangermanista adquirió proporciones cada vez más vastas y la necesidad de una guerra a muerte, de predominio o de hundimiento, era imperiosa: Alemania e Inglaterra estaban ya frente a frente y no podía diferirse por más tiempo la colosal contienda. Las causas mediatas habían colmado la medida y sólo se esperaba la provocación y ésta no tardó en producirse.



X

La tragedia de Sarajevo

Un acontecimiento trágico producido en la capital de Bosnia el 28 de Junio del corriente año, conmovió profundamente a todo el mundo civilizado. El archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría, y su esposa la duquesa de Hohenberg, fueron asesinados en las calles de Sarajevo, mientras el pueblo celebraba grandes festejos con motivo de su visita. El autor del crimen fué tomado y las autoridades austriacas declararon que aquel atentado era el fruto de una conspiración panservista, y que según los datos recogidos el asesinato había tenido su preparación en Belgrado, no pareciendo ajena a tales hechos la "Norodna Obrana", institución que persigue la formación de la "Gran Servia", y cuya divisa es "los servios en el reino de Servia".

El hecho causó hondo estupor, pero nunca se pensó que tuviese consecuencias tan trascendenta-

les. El archiduque Francisco Fernando era una verdadera incógnita en Europa y se decía que una vez llegado al trono habría de ocasionar grandes trastornos en l^ política continental. Educado bajo la influencia del jesuitismo y sometido a su ambiente, se le atribuían propósitos agresivos contra la unidad italiana, y sin duda, por su intransigencia, el partido panservista lo consideró peligroso para el logro de sus ideales.

¿Tuvo en realidad el partido panservista alguna participación directa o indirecta en el crimen? Nada ha sido probado a este respecto; el asesinato bien pudo ser un hecho aislado, como el propio asesino lo declaró.

Pero el gobierno austriaco afirma lo contrario. "Este crimen—dice el "Libro Blanco" alemán—vino a demostrar sin escrúpulos a la luz del día, a todo el mundo civilizado, no solo los fines que querían realizarse contra la subsistencia y la integridad de la monarquía austro-húngara, sino que también los medios infames criminales de que se servía la propaganda panservia para llevar a cabo sus propósitos. La intención final de esta política no consistía más que en revolucionar con lentitud y, finalmente, separar las regiones territoriales sudestes de la monarquía austro-húngara y anexarlas a Servia".

Fundando su actitud en esta creencia Austria-Hungría tomó una resolución por demás arriesgada. Envió a Servia un ultimátum que debía responder en término perentorio. Este ultimátum

contenía las siguientes exigencias que fueron aceptadas con insignificantes explicaciones de detalle. Helas aquí:

Austria-Hungría exigía la publicación en primera página del diario oficial servio, del "mea culpa" de Servia, cuyo texto sería dictado por el gobierno austro-húngaro.

"El gobierno de Servia aceptó."

Austria-Hungría exigía que esta declaración fuese dada a conocer al ejército servio por una orden del día real.

"El gobierno servio aceptó".

Austria-Hungría exigía que el gobierno real servio se comprometiese además:

1º.—A suprimir toda publicación que exaltara el odio o el desprecio contra la monarquía austro-húngara.

"El gobierno servio aceptó modificar la ley servia sobre la libertad de la prensa".

2.º—A proceder inmediatamente a la disolución de la asociación llamada "Norodna Obrana" y a obrar de la misma manera con las otras sociedades y asociaciones servias que se ocupen en la propaganda contra Austria-Hungría.

"El gobierno servio aceptó".

3.º—A exonerar los profesores, funcionarios y oficiales culpables de propaganda contra la monarquía austro-húngara, y sobre los cuales el gobierno austriaco se reservaba de comunicar los nombres y los actos al gobierno real, y a aceptar la colaboración en Servia de los agentes del gobierno

austro-húngaro para la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad de la monarquía.

"'El gobierno servio aceptó exonerar a los profesores, funcionarios y oficiales cuya participación fuese probada, en la propaganda antiaustriaca, y pidió que los nombres de éstos le fuesen comunicados".

4.º—A abrir una encuesta contra los cómplices del complot del 28 de Junio que se encontraban en territorio servio. Funcionarios delegados por el gobierno austro-húngaro tomarían parte en las investigaciones respectivas.

"El gobierno servio aceptó la encuesta. Pidió algunas explicaciones sobre la manera como los funcionarios de Austria-Hungría debían tomar parte en la investigación, entendiendo permanecer fieles a los principios del derecho internacional y a las buenas relaciones de vecindad."

5.º—A proceder con urgencia al arresto del comandante Voija Tankositch y del sujeto Milano Ciganovich empleado del estado, comprometidos por la instrucción del sumario en Sarajevo.

"El gobierno servio aceptó".

6.º—Austria-Hungría formuló otras exigencias relativas al tráfico de armas, al licenciamiento y castigo de los funcionarios en servicio en la frontera, etc.

"El gobierno servio aceptó todas estas exigencias, y manifestó que si el gobierno austro-húngaro encontraba estas explicaciones insuficientes, el

gobierno servio se sometía al fallo del tribunal de la Haya y al de las diversas potencias que firmaron el tratado de 1909 relativo a la Bosnia-Herzegovina".

¿Pudo conceder más la humillada Servia? ¿Pudo honradamente Austria-Hungría no sentirse satisfecha con la aceptación de todas sus imposiciones con la sola agregación de nimias explicaciones de detalle? Sin embargo, el gobierno austro-húngaro no se dió por satisfecho y la declaración de guerra a Servia, hecha el 28 de Julio, causó asombro en el mundo civilizado por su injusticia. La intervención de las potencias no fué oída porque el gobierno de Austria-Hungría quería hacer una guerra punitiva y no de conquista territorial, según lo declaraba.

No ignoraba Austria-Hungría que al dar este paso atacaba formalmente la paz Europea, pues sabía perfectamente que Rusia no miraría impasible el desarrollo de esta guerra, y que por comunidad de raza y de acuerdo con la política panslavista que desarrollaba esta potencia en los países balkánicos, debía tomar alguna resolución de trascendencia. El "Libro Blanco" antes citado dice a este respecto lo siguiente:

"Nosotros estábamos completamente convencidos que demostrando Austria actos guerreros a Servia, Rusia no quedaría inactiva y nosotros correspondiendo a nuestros deberes de alianza nos veíamos implicados en una guerra. Pero, reconociendo los intereses vitales de Austria-Hungría

expuestos y amenazados, no consideramos oportuno aconsejar a nuestro aliado una condescendencia incompatible a su dignidad, o negarle nuestra asistencia en momentos tan serios y tan críticos''. La intervención de las potencias se estrelló ante el empecinamiento austro-húngaro, pero queda evidenciado que Alemania ''no consideró oportuno aconsejar una condescendencia'' que significaba la paz de Europa!...

He ahí el hecho inmediato que produjo el estallido de la conflagración, cuyas causas principales venían obrando desde largo tiempo y solo esperaban un pretexto para manifestarse. La historia con su fallo justiciero ha de pronunciarse algún día responsabilizando a quienes han preparado y han hecho esta guerra.

XI

La responsabilidad de Alemania

"Alea jacta est!...." La suerte de Europa estaba echada. El estallido formidable que iba a conmover al mundo entero ya estaba producido.

Inglaterra y Francia intervinieron activamente por intermedio de sus cancillerías para evitar la estupenda conflagración, y los gobiernos de Berlín y de Petrograd estuvieron en constante comunicación. Austria-Hungría no retrocedería ya un paso y la marcha de los sucesos se precipitaba. Inglaterra propuso el 26 de Julio una fórmula conciliadora, sometiendo la cuestión de Austria-Hungría y Servia a una conferencia de los embajadores de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, pero Alemania se negó resueltamente declarando, según su "Libro Blanco" que no podía tomar parte en tal conferencia, porque si bien encontraba justificada su tendencia, no podía citar a Austria ante un tribunal europeo tocante a un asunto con Ser-

via. Es que había un propósito hecho ya, una resolución tomada, una determinación decidida. Alemania obraba en connivencia con su aliada y la guerra era su más imperioso anhelo. El militarismo germánico, preparado pacientemente durante largos años, al fin se imponía ante la Europa atónita, haciendo desencadenar la más horrible borrasca sobre la civilización del mundo. Consideraba que el momento le era propicio y que sus ventajas eran muy notorias sobre sus enemigos; y entonces, ahora era mejor que más tarde. (1).

El estado de guerra entre Austria-Hungría y Servia obligó a Rusia a asumir una actitud en consonancia con su política y la movilización de sus

---

(1) Confirmando la obra del militarismo germánico, el eminente historiador Guillermo Ferrero, ha publicado un trabajo que titula "¿Quién es el responsable?" en *La Nación* de Buenos Aires del 15 de noviembre de este año, esto es, varios días después de haberse publicado estas líneas. En dicho trabajo establece de una manera categórica que la responsabilidad de la guerra corresponde en primer término a Alemania, y expresa el siguiente juicio sobre la acción desplegada en este país por el militarismo:

"Desde hace diez años iba tomando gran vuelo en Alemania un partido que deseaba la guerra. Es el que se suele llamar partido militar. Se debe tener presente que dicho partido no lo componían sólo los oficiales y los generales; formaban parte de él muchos altos funcionarios civiles, hombres políticos de filiación conservadora, miembros de la nobleza prusiana, profesores de las universidades y periodistas.

"Mareada por los recuerdos del año 1870, por los éxitos brillantes conseguidos en el comercio y la industria, por el aumento de la población y de la riqueza

tropas comenzó a efectuarse, hecho que vino a ahondar más las divergencias y a complicar más aún la situación. La movilización significaba la guerra según el criterio del gobierno alemán, y éste envió entonces a Rusia un ultimátum el 31 de Julio, para que desistiera de sus propósitos de movilización dentro de un plazo de 12 horas. Al mismo tiempo dirigió otra comunicación a Francia para que declarara si permanecería neutral en caso de una guerra entre Rusia y Alemania. Vencidos los términos y decretada ya la movilización por su parte, Alemania declaró la guerra a Rusia el 1° de Agosto y el 3 a Francia, después haberla agredido en su territorio. La Alemania cargaba

---

y sabedora de cómo Alemania inspiraba temor a todos en Europa, toda esa gente se ha dejado seducir por un sueño quimérico de grandeza y de poderío.

"Convencidos de que Alemania era invencible, iban repitiendo incesantemente que el imperio necesitaba otra gran guerra, pues así Alemania habría conseguido la hegemonía de Europa y sería una potencia mundial capaz de hacer frente a Inglaterra en todo el mundo.

"El partido de la referencia hace diez años, esto es, cuando comenzó la cuestión de Marruecos, trató de incitar al gobierno a hacer la guerra a Francia, aprovechando la debilidad de Rusia.

"En esa época, y por mucho tiempo después, el gobierno y el emperador resistieron... pero el partido de la guerra aumentó su actividad. Cubrió a Alemania de asociaciones encargadas de exaltar el sentimiento patriótico; ha excitado a las jóvenes generaciones mediante los diarios, las escuelas y las universidades, se ha infiltrado en todas partes: en el parlamento, en el gobierno y en palacio. Realizó hasta una encubierta campaña contra el emperador, azuzándole en contra del kronprinz.

así con la responsabilidad ante el inapelable fallo de la historia de ser ella la que destruía la paz del continente europeo. Si el canciller de hierro hubiera existido, jamás hubiera hecho recaer sobre su patria semejante responsabilidad...

La actitud de Alemania, en su afán de proceder rápidamente, creyendo que sus tropas harían un paseo militar hasta París, que solo duraría quince días, como algunos militares lo afirmaban, fué excesivamente agresiva. El 2 de Agosto las tropas del kaiser entraron repentinamente al gran ducado de Luxemburgo, violando su neutralidad, y el día 4 hicieron lo propio en Bélgica. La neutralidad de estos pequeños estados estaba garantida solem-

---

"Por último, la resistencia que oponían a ese formidable movimiento el sano criterio del emperador y del gobierno, cedió igual que un dique cede al paso de una gran avenida de agua. En la última semana de julio el partido de la guerra triunfó en Berlín y la guerra europea fué un hecho.

"En qué forma triunfó lo sabremos con el tiempo; ¡qué terribles responsabilidades vendrán entonces a luz! Ni me causaría asombro que un día se viniera a descubrir que el telegrama del agregado militar alemán anunciando la movilización rusa, ha sido una segunda edición del célebre telegrama de Ems; es decir, una artimaña para triunfar de las últimas vacilaciones del gobierno y precipitar una decisión irremediable.

"Por el momento hay una cosa segura, esto es, la responsabilidad mayor de la guerra recae sobre Alemania. Ella sola, por ser considerada la mayor potencia militar del mundo, podía cargar con la responsabilidad de desencadenar la guerra sobre Europa.

"Ella sola ha cargado con esa enorme responsabilidad."—*Guglielmo Ferrero.*

nemente por tratados que Alemania misma había firmado comprometiendo su lealtad y su honor. El mundo entero contempló con estupor aquel hecho tan arbitrario y condenó con energía tal proceder, increíble ya en pueblos civilizados.

El audaz invasor no alegó nada más que su conveniencia y su necesidad para cometer tan insólito atentado: el compromiso de la fe jurada de todo un pueblo civilizado y culto, pudo ser olvidado ante las necesidades de su ejército, y en vano buscó algunos subterfugios con peregrino criterio, pretendiendo justificar su atropello, como la ocurrencia infeliz de prejuzgar que Francia iba a violar la neutralidad belga para llevarle un ataque y quería evitar la violación del territorio violándolo primero!..... Tales argumentos, que revelan la incapacidad mental del gobierno germano, han sido duramente juzgados por el mundo civilizado, y el atropello alemán a la neutralidad de Bélgica es un borrón que el militarismo prusiano arrojó sobre Alemania.

El gobierno belga se opuso a las pretensiones germánicas. Su deber de neutral, su lealtad y su rectitud, no permitieron que Francia fuera atacada alevosamente a través de su territorio. El orgulloso invasor prometió entonces descargar toda la cólera de sus iras sobre el pequeño país, que no había cometido otro delito que el de permanecer fiel a sus deberes, defendiendo sus derechos y haciendo honor a los pueblos civilizados de la tierra. Y aceptó con heroismo imperturbable su sacrifi-

cio, antes que manchar las páginas de su historia con un acto de cobardía y de deslealtad.

Semejante agresión provocó la inmediata intervención de Inglaterra que hasta entonces no había deslindado definitivamente su posición ante el conflicto. Estaba comprometida por los tratados a defender la neutralidad de Bélgica y la ruptura de relaciones con Alemania fué la consecuencia de tal intervención. Alemania no ocultaba ya que su golpe era dirigido contra Inglaterra, y se disponía a batirse con todas las naciones del mundo si fuera necesario para destruir su poder. La finalidad de esta guerra provocada por Alemania quedaba al fin despejada: Alemania se quitaba la careta para decir que aspiraba a la hegemonía mundial...

La Europa quedó bien pronto convertida en una pavorosa hoguera. Italia declaró su neutralidad y de hecho quedó separada de la triple alianza. El pequeño reino de Montenegro hizo causa común con Servia; el Japón, como aliado de Inglaterra envió un ultimátum a Alemania reclamando su retiro del extremo Oriente, y el estado de guerra quedó también establecido entre dichas potencias. Las demás naciones del continente europeo y del mundo entero se apresuraron a declarar su neutralidad, y solo la veleidosa Turquia, alentada sin duda por las promesas germánicas, asumió una actitud poco definida para estallar después contra Rusia sin previa declaración de guerra. Inglaterra y Francia declararon también la guerra a Turquía.

La "triple entente" se convirtió por la fuerza

de las circunstancias en tiple alianza, y empeñadas las naciones de Europa en la guerra más cruenta de los siglos, no tardaron en llevar el pleito a los campos de batalla, para que los cañones resuelvan lo que la razón humana no pudo hacer.

Las tropas de Alemania, cuya movilización rápida a nadie ha sorprendido porque se conocían su organización insuperable y sus grandes medios estratégicos, pronto estuvieron en las fronteras, alentadas por la palabra del kaiser, quien invocaba al sér supremo para llevar una guerra de exterminio a pueblos civilizados, y como predestinado para esa obra terrible, creía que el antiguo dios de sus mayores armaba su brazo para redimir al género humano. Pero, como una sangrienta ironía y como un contraste de luz y sombra entre la democracia y el imperialismo, el Presidente Poincaré, sereno, tranquilo, sin invocar alianzas divinas, pero confiado en la fe patriótica y el heroismo de su pueblo, lanzó al mundo una proclama sencilla y solemne, con esperanzas de paz, pero con decisiones de viril energía, advirtiendo al orgulloso invasor, que los pueblos conscientes de sus derechos saben cumplir dignamente con sus destinos en la historia, aceptando los sacrificios, confiados en la justicia universal. "Deseamos absolutamente la paz—decía—y perseveramos en nuestros esfuerzos para conseguirla, sin perder esa esperanza. En este momento ya no existen partidos políticos en Francia. Queda solo

una Francia eterna, pacífica, resuelta; una patria de justicia, una Francia compacta, unida, envuelta en una atmósfera de sereniad, de vigilancia y de seguridad."

Francia cumplía su destino una vez más en la civilización y el mundo se descubría con reverencia a su paso.



XII

Los ejércitos beligerantes

Producido el estado de guerra, todas las naciones beligerantes decretaron la movilización de sus fuerzas de mar y tierra, y la iniciación de las hostilidades llevada a cabo principalmente por Alemania, no tardó en producirse. Pronto las fronteras de Bélgica, Francia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría y Servia fueron teatro de sangrientas batallas, en los que tomaron parte centenares de miles de soldados.

Como un dato ilustrativo para completar el cuadro general de esta guerra magna, cuyas causas y desarrollo venimos estudiando, daremos algunos datos referentes a la organización militar de las naciones beligerantes, tomados en su mayoría del trabajo publicado en el "Word's Work", de septiembre último, por el reputado escritor de asuntos militares Frederic Louis Huidekoper, autor de varias interesantes obras sobre las guerras napoleónicas.

Alemania.—El ejército alemán en tiempo de paz consta de 31.659 oficiales y 768.540 soldados. El servicio de las armas es obligatorio y universal, salvo algunas excepciones. La obligación del servicio comienza a los 20 años. En el servicio de primera línea la duración del servicio es de 7 años, dos bajo banderas y cinco en la reserva, para la infantería; y cinco bajo banderas y cuatro en la reserva para la caballería.

De la reserva activa el soldado pasa a la "Landwehr" o ejército de segunda línea, compuesto de dos "bandos", el primero de cinco años para la infantería y de tres para la caballería y artillería montada; el segunda de seis o siete años para la infantería y de ocho o nueve para la caballería y artillería montada.

La última reserva es el "Landsturm" fuerza destinada a la defensa territorial, a la cual los ciudadanos quedan inscriptos hasta terminar la edad de 45 años. Está compuesta de dos bandos, el primero comprende todos los hombres entre los 17 y 34 años que no hubiesen recibido instrucción militar por cualquier causa; el segundo los que la hubiesen recibido entre los 39 y 45 años.

El ejército alemán en pie de guerra comprende: 1.700.000 hombres de la primera línea, un millón 300.000 del "Landwehr", y 1.000.000 del "Landsturm", en total 4 millones de hombres.

El arma de la infantería es el fusil Mauser, modelo de 1898, calibre 7.9 mm. La caballería está ar-

mada de carabina Mauser. La artillería está armada de cañones Krupp, modelo 1906.

Posee también Alemania cinco batallones de aviadores, con cerca de 400 aeroplanos y 24 zeppelines.

El estado mayor germánico goza de la reputación de ser el más perfecto cuerpo de su género que existe en el mundo.

Francia.—El ejército francés consta en tiempo de paz de 753.403 hombres en el continente europeo y 116.000 en las colonias, lo que hace un total de cerca de 870.000 hombres, sin contar 25.000 hombres de la gendarmería.

El servicio militar es obligatorio y universal desde los 20 hasta los 48 años, siendo la única causa de excepción, la inhabilidad física. Después de tres años de servicio en el ejército activo, el soldado pasa once años en la reserva, después 7 años en el ejército territorial y termina 7 años en la reserva territorial.

En pie de guerra el ejército francés, consta de 1.009.000 hombres en el ejército activo, 1.600.000 en la reserva; el ejército territorial 818.000, y la reserva territorial 451.000, lo que hace un total de 3.878.000 hombres.

La infantería está armada de fusil de repetición Lebel, de calibre 8 mm. y la caballería de carabina Lebel. Es considerada un arma superior al Mauser.

La artillería de campaña tiene un cañón de tiro rápido de 7.5 cm. modelo de 1907, provisto de un

escudo de protección. Se considera generalmente que la artillería francesa sea la mejor del mundo.

El cuerpo aeronáutico dispone de 334 aeroplanos y 14 dirigibles.

Rusia — El epército ruso en tiempo de paz consta de 1.284.000 hombres; y puede poner sobre las armas en tiempo de guerra 5.962.000 soldados.

El servicio de las armas es obligatorio y universal; comienza a los 20 años y termina a los 43.

La infantería está armada con fusil de repetición de cinco tiros del calibre de 7.62 mm. La caballería y los cosacos tienen el mismo fusil con caño algo más corto. Los cañones de campaña son de tiro rápido, Krupp, modelo de 1902.

El ejército ruso, considarado bajo varios aspectos, es inferior al ejército germánico y al francés. Sus fusiles y sus cañones no superan a los de las naciones antes dichas.

Austria-Hungría. — En tiempo de paz consta el ejército austro-húngaro de 472.716 hombres, y en tiempo de guerra 1.360.000 soldados de primera línea.

El servicio de las armas es obligatorio y universal, comienza a los 19 años y termina a los 43.

Completando todos sus efectivos el ejército austriaco puede poner 4.320.000 hombres.

La infantería está armada de fusil Mannlicher, calibre de 9 mm. modelo de 1905. La caballería, carabina del mismo tipo. Los cañones de campaña son del tipo Krupp.

Se considera a la caballería austriaca como una

de las mejores, pero la infantería es inferior a la alemana y a la francesa.

Inglaterra. — Prescindiendo del ejército hindú, y de las fuerzas locales distribuídas en varias colonias, la fuerza armada de Inglaterra comprende: el ejército regular y el ejército territorial, ambos formados de voluntarios enrolados entre los 18 y 25 años.

El ejército inglés (Home Army) comprende 9740 oficiales y 172.600 soldados; la reserva del ejército 147.000; la reserva especial 80.120; el ejército territorial 315.485; lo que forma un total de 724.955 hombres. En pie de guerra esta fuerza comprenderá 29.330 oficiales, 702.000 soldados y 2072 cañones.

La infantería como la caballería están armadas de fusil Lee-Enfield, calibre 7.7 mm. En el ejército regular la artillería de campaña está armada de cañones Armstrong.

Bélgica. — El ejército belga en tiempo de paz consta de 3.542 oficiales y 44.061 soldados. En pie de guerra se calcula un efectivo de 300 a 350.000 soldados. La infantería está armada de fusil Mauser y la artillería de cañones de tiro rápido Krupp de 7.5 cent.

El ejército belga es uno de los mejor organizados de Europa.

Servia. — El ejército servio en tiempo de paz tiene 160.000 hombres y en tiempo de guerra puede aumentar otros 380.000 soldados. El fusil Mauser, modelo de 1899, calibre 7.9 mm. es el adoptado y

cañones de tiro rápido del sistema francés Schneider-Canet.

Montenegro. — Todos los montenegrinos no inhabilitados físicamente están obligados al servicio de las armas entre los 18 y 60 años. En tiempo de guerra hasta las mujeres toman las armas para defender su territorio.

Tales son los efectivos de las fuerzas de tierra de las naciones que actualmente luchan en el continente europeo, efectivos que por la misma magnitud del choque se han elevado a cifras superiores, porque los gobiernos se han visto en la necesidad de llamar hasta las últimas reservas, y no es aventurado calcular en 25 millones de hombres las fuerzas movilizadas por las naciones beligerantes, lo que da un aspecto pavoroso al formidable choque.

XIII

Decadencia moral

Los elementos que poseen las naciones civilizadas para la guerra, son terriblemente destructores; su fuerza exterminadora crece en proporción al poder de las potencias y al mayor desarrollo de su progreso. Parece que la mentalidad humana hubiera estado solamente dedicada durante siglos a la invención y perfeccionamiento de las máquinas de la muerte, porque nada son los descubrimientos científicos realizados por el hombre para salvar la vida y defenderse de los ataques de la naturaleza, comparados con la importancia de los armamentos y su precisión destructora.

Las naves modernas, verdaderos palacios flotantes, que el arte ha embellecido y la ciencia ha consolidado, no sólo sirven como vehículos del progreso y de la cultura para llevarlos a las más remotas regiones del globo, sino que son también máquinas infernales, que llevan la desolación y la ruina a

donde apuntan sus formidables cañones, y como si esto no fuera suficiente ya para causar los más graves estragos en nuestra especie, también la inteligencia del "homo sapiens" dominó las olas de la mar enfurecida para ocultarse bajo sus espumas, y lanzar desde sus antros sus rayos devastadores, que hienden las aguas con estrepitoso empuje y despedazan como si fueran pompas de jabón a esas moles dominadoras del océano...

Ya el hombre, guerrero o pacífico, magnate o humilde, no puede arrinconarse junto a los muros de su hogar, buscando la quietud y el abrigo cuando la guerra estalla, porque hasta bajo su mismo techo caen los dardos homicidas, esparciendo el terror y la muerte sin respetar ni edad ni sexo, arrojados desde las nubes con criminal osadía, por los turistas del aire, que cabalgando en los vientos atacan a los pueblos indefensos, complaciéndose con inhumana ferocidad, en distribuir la muerte entre ancianos, mujeres y niños... Los explosivos más formidables, que pueden pulverizar las rocas, los proyectiles más innobles y crueles, los medios de destrucción más detestables, se emplean impunemente, y la humanidad contempla impasible esos horrores y algunas veces los aplaude...

Las ciudades se derrumban y quedan convertidas en escombros a los pocos instantes de tronar los cañones, mientras toneladas de hierro y pólvora devastan e incendian lo que ha costado miles de años para edificar. Y caen los monumentos más preciosos que son maravillas inapreciables que el

arte de otras edades menos civilizadas ha legado a este siglo de progreso... La bestia humana, lanzada en su delirio belicoso y sanguinario, nada respeta ni ante nada se detiene. Su alma está ahita de rencores y se extasía ante su obra de barbarie. Todos los sentimientos de solidaridad y confraternidad humana se embotan cuando suenan los clarines de la guerra: los hombres que no se cobijan bajo un mismo pabellón, son considerados como asquerosos gusanos que no tienen derecho a la vida y a los que hay que destruir sin piedad. Las lágrimas de las madres provocan en la soldadesca enfurecida carcajadas de ironía, y hasta la sangre de los niños se derrama sin horror. Las tropas vencedoras que destruyen los pueblos, que siembran el espanto y la muerte por donde cruzan, que dejan tras sí viudas desoladas, huérfanos hambrientos, madres afligidas, se tornan iracundas y descargan con impávida fiereza sus fusiles, cuando las víctimas, en un arranque de supremo dolor, piden cuenta de sus actos a los autores de tanto crimen... ¡No ose el vencido levantar su mirada ante el paso soberbio del feliz mortal que alcanza la victoria!... El triunfo da derecho para los más brutales abusos, para los más repugnantes actos de vandalismo. El triunfador es el héroe que recoge los honores de los pueblos y la gloria de los siglos, por su mayor éxito en la destrucción y en la ruina, aunque no lo acompañe la justicia en su causa.

Allá en los campos de combate la metralla cae como lluvia de fuego sobre las líneas que se dispu-

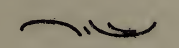
tan la victoria y ya la sangre de los guerreros tiñe las aguas de los ríos. Los combatientes se atrincheran tras las filas informes de muertos y heridos cuyos miembros despezados no tardan en volar por los aires como hojas desprendidas que el huracán agita. Allí nadie se conduele del dolor ajeno; allí nadie mira al que cae; allí nadie tiene en sus labios una palabra de alivio para el que sufre en su triste agonía. Avanzar es la consigna y las masas compactas se precipitan en feroz confusión hacia la muerte... Y la muerte misma es el más dulce de los consuelos ante aquellas escenas que el odio de los hombres ha provocado. Que caiga el bueno, que sucumba el justo, que ruede al abismo todo un pueblo laborioso, que falten brazos después para las luchas pacíficas del trabajo, que ejércitos de inválidos vengan luego a pedir un mendrugo, ¿qué importa?... las dinastías necesitan estas hecatombes que miran con entusiasmo, lejos, sí, muy lejos del peligro para no soportar el más mínimo sufrimiento, mientras esa carne de cañón, el pueblo, se despedaza con furibunda energía en los combates... ¡Casta maldita que el orgullo inflama, los dolores de los pueblos la deleita!

Esa es la obra descollante de la civilización europea después de veinte siglos de cristianismo; ese es su fruto real y elocuente. Impulsada por el egoísmo, amamantada por las pasiones más mezquinas, tarada por la herencia de odios y prejuicios, con

sed insaciable de avaricia en su pecho, se cubrió eternamente el rostro con el velo de la hipocresía y estableció la concordia de los pueblos sobre el pedestal de la mentira. La confraternidad solidaria que debió vincularlos en la obra común de la cultura para llegar a los más altos destinos en la aspiración constante de la perfección y la felicidad, fué una mera sugestión sentimental para ocultar todo el veneno que llevaban inyectado en sus venas. La tolerancia recíproca, la piedad, la ayuda mutua, son términos sin valor y sin sentido. La civilización que ha producido este estado de cosas ha fracasado fundamentalmente. La humanidad debe empezar de nuevo otra era, inspirada por otros sentimientos y otra moral. La ferocidad de la Europa nos ha llevado a la desesperación, a la ruina, al abismo. Aquellos pueblos están en plena decadencia moral y su civilización en bancarrota.

Los ejércitos de las naciones beligerantes se baten con fiereza en los campos de batalla y la sangre preciosa de millares de hombres riega las tierras de Bélgica, Francia, Alemania, Inglaterra, Austria-Hungría, Rusia, Servia, Montenegro y Turquía. Mañana todas las demás naciones del continente europeo entrarán en la contienda para rendir también su tributo de sangre a la civilización que formaron. Una ola sanguinaria parecen desencadenada sobre la tierra para dejar exhaustos y rendidos a los pueblos, los que al fin, se mirarán frente a frente en la hora suprema del desfallecimiento y la agonía, para llamarse "hermanos"!...

El egoísmo y el orgullo los lleva a la locura del estéril y estúpido exterminio, cuando debieran marchar unidos para edificar el templo de la Paz y la Justicia que vincula a los pueblos y solidariza a las razas en la obra imperecedera del progreso...



XIV

Las grandes batallas

Era un hecho que no escapaba al conocimiento del estado mayor de Francia, que en caso de una guerra con Alemania, este país le llevaría el ataque a través de la frontera del norte, violando la neutralidad de Bélgica. El plan de invasión del ejército alemán fué conocido a principios de este año y publicado en una revista militar francesa, plan que se ha cumplido en todas sus partes en cuanto se refiere a la ofensiva germánica. Parece que Alemania comprendió desde un principio lo difícil que le sería a sus tropas abrirse camino a través de los Vosgos, porque las fortificaciones francesas y sus campos de atrincheramiento, ofrecerían una resistencia tan formidable, que bien podía hacer fracasar al más poderoso ejército. Como en la guerra una acción rápida y enérgica puede influir poderosamente para la obtención de la victoria, era menester no reparar en medios pa-

ra conseguir su objetivo, y fué así como Alemania llevó su agresión a Bélgica violando la neutralidad del Luxemburgo, para arrojar sus innumerables huestes sobre Francia por el lado de su frontera, donde las fortificaciones no ofrecerían una resistencia tan tenaz como las de los Vosgos. En una nación donde las cuestiones militares preocupan tan seriamente al gobierno, este plan no pudo ser improvisado en veinticuatro horas, sino que ha sido el fruto de maduros estudios y paciente recolección de datos e informes llevados por los agentes secretos que el gobierno alemán paga a buen precio. Y tan es exacta esta aseveración, cuando se ha comprobado que en sitios determinados en las cercanías de Lieja, Namur, Maubege y otras plazas fuertes, se habían construído plataformas especiales en fincas de súbditos alemanes, para el emplazamiento de las grandes piezas de sitio de que dispone el ejército prusiano.

Las vacilaciones del gobierno alemán para dar una satisfacción con respecto a su actitud sobre Bélgica, y que se consignan en el "Libro gris" que ha publicado el gobierno de esta nación, revelan que Alemania ha obrado arbitrariamente violando el derecho internacional, y en vano ha pretendido justificar su atropello, por que esto era un hecho deliberado y su ejecución no ha sido, sino una cuestión de oportunidad. Convenía a los intereses de Alemania llevar su ataque a Francia a través de la frontera belga, porque entra en sus designios la hegemonía europea con la anexión de Bélgica,

los Países Bajos y Dinamarca, y la conquista de los territorios franceses situados sobre el canal de la Mancha, y estas conquistas las realizaría evidentemente en un caso de serle favorable el resultado de esta guerra. Por otra parte, si Alemania quiere aniquilar a Inglaterra y suplantarla en el dominio de los mares, tiene que apoderarse de toda la costa del Mar del Norte y aún de una parte del Mediterraneo, porque de lo contrario ni tendría objeto haber iniciado esta guerra, ni podría justificar el militarismo prusiano su propia razón de ser.

Con asombrosa celeridad los ejércitos alemanes pronto estuvieron sobre las fronteras del E. y del O. llevando a sus adversarios una ofensiva formidable. Reconcentró mayor número de fuerzas sobre Francia, porque en concepto de su estado mayor este país era el enemigo más formidable, el cual podía organizarse también con rapidéz, mientras que Rusia necesitaba por lo menos seis semanas para tener listo su ejército. Vencida Francia en una acción rápida, las tropas vencedoras se trasladarían a la frontera del E. para dar un certero golpe al ejército ruso. Pero el plán alemán, concebido con tanta precisión matemática, sufrió un primer descalabro en Bélgica, cuya resistencia decidida y heroica, detuvo al invasor un mes en una lucha inesperada, sufriendo enormes pérdidas. Los belgas, prestaron, pues, una cooperación valiosísima a Francia, porque durante ese tiempo se hizo con todo orden la movilización y el ejército fran-

cés avanzó hacia la frontera belga, al mismo tiempo que entraba triunfalmente en la Alta Alsacia.

Las plazas fuertes belgas, Lieja, Namur, Charleroi, Mons, etc., fueron cayendo una a una ante el formidable poder de los obuses alemanes de 42 centímetros, cuya existencia ignoraban los aliados y cuyos efectos han asombrado al mundo. Mientras tanto, los ingleses desembarcaron fuerzas en el continente para cooperar a la defensa de Francia, pero la ofensiva alemana fué tan poderosa que en la larga línea de los Vosgos a Lieja, tuvieron las fuerzas aliadas que replegarse, mientras que el invasor, envalentonado, y considerando fácil su victoria contra aquel ejército que retrocedía sin defenderse, dejó ver que su objeto era la toma de París, cuyos fuertes serían arrasados con los poderosos cañones de sitio. El gobierno francés se trasladó a Burdeos y el pueblo resignado esperaba por momentos que bien pronto el enemigo estaría a las puertas de la hermosa capital. Todas las ciudades de la región del norte fueron ocupadas por los invasores, los que les impusieron enormes contribuciones de guerra, pero cuando ya se creían dueños de París, el generalísimo Joffre, ordenó al ejército francés detener su retirada para iniciar la ofensiva, obteniendo una brillantísima victoria en el Marne, la que motivó la retirada inmediata de los alemanes que fueron a cavar profundas trincheras a más de cien kilómetros de distancia donde están establecidos resistiendo con bravura, pero sin poder avanzar un solo paso.

Las batallas más sangrientas que recuerda la historia se han librado en estos tres meses de guerra, y los combatientes de ambas partes permanecen firmes en sus puestos, rindiendo sus vidas con heroismo. Las bajas de ambos lados son enormes y su cifra es aterradora. La crueldad de la guerra moderna no tiene precedentes.

Los alemanes han obtenido ya positivas ventajas en Bélgica, cuyo territorio dominan casi totalmente, y la toma de Amberes les deja libre la retirada, a la par que constituye un centro de primer orden para sus futuras campañas navales. Su avance hacia el mar parece ser uno de sus objetivos inmediatos, para que las ciudades costaneras puedan servir de base de operaciones en su probable ataque a Inglaterra.

Por la frontera del E. los acontecimientos no han sido tan favorables para Alemania, no obstante que su ejército opera en territorio ruso. Las tropas austriacas fueron arrollados en diversos encuentros por los rusos, quienes no tardaron en quedar dueños de la Galitzia apoderándose de Lemberg. También los rusos invadieron la Prusia oriental y lograron poner sitio a Koeninsberg, pero sufrieron un serio contraste que los obligó a replegarse sobre su propia frontera. Los alemanes avanzaron entonces en inmensa línea paralelamente al Vístula, y amenazaron a Varsovia, pero el ejército ruso les llevó un formidable ataque y los obligó a replegarse. La lucha sigue encarnizada-

mente pero en estos momentos la situación es favorable a los rusos.

Los servios y los montenegrinos a su vez han tenido varios encuentros con las tropas de Austria-Hungría, pero no han obtenido ventajas que puedan influir mayormente en la actual contienda, y las flotas de guerra de los beligerantes, de cuya acción se esperaban resultados definitivos, nada han hecho hasta ahora que merezca consignarse como hechos de importancia. Reconcentrada la escuadra alemana en las bocas del Elba y en Wilhemshaven, está bloqueada por la escuadra inglesa, y ésta ha sufrido ya algunas mermas por la acción de las minas y de los submarinos germánicos, cuyos marinos revelan una pericia y una audacia increíbles. Las flotas del Mediterráneo bombardean a Cattaro sin lograr rendirla, y la flota japonesa auxilia al ejército expedicionario que lleva su ataque a Tsing-Tao, plaza que resiste el asedio valientemente, aunque al fin tendrá que rendirse ante el empuje muy superior del enemigo. (1)

Se incorpora recientemente al conflicto Turquía, la que sin previa declaración de guerra bombardeó algunas ciudades indefensas rusas, del Mar Negro, echando a pique algunas naves enemigas. Turquía declara que anexará el Egipto, y su actitud es de franca hostilidad a la triple "entente". Su poder

---

(1) Pocos días después de escritas estas líneas esta plaza capituló y fué tomada por los japoneses. (7 de noviembre de 1914).

está debilitado por las últimas guerras que sostuvo con los países balcánicos, y si la victoria favorece a las naciones aliadas, Turquía habría decretado su propio suicidio.

Este es, a grandes rasgos, el estado general de la conflagración europea a los tres meses de producida la declaración de guerra. El plan alemán ha fracasado en su primera parte, pues la guerra no será terminada en tan breve plazo como lo habían asegurado sus generales, y la victoria proclamada con tanto énfasis de antemano, parece hacérseles cada día más problemática.

XV

El sacrificio de Bélgica

Como un titán herido, que yace en la arena después del tremendo encuentro, pero que altivo levanta aún su rostro ensangrentado esgrimiendo con vigor invencible su reluciente espada, en un esfuerzo supremo de heroismo para no rendirse mientras una gota de sangre aliente sus arterias, ahí está el más valiente y varonil de los pueblos de Europa, batiéndose en desigual contienda, en defensa de sus tradiciones legendarias para honrar a la civilización mancillada por el imperialismo preponderante, que impone su ley olvidando las solemnes promesas que comprometen su honor y su hidalguía.

Ahí está el pueblo belga dando al mundo la prueba de su grandeza moral y de su valor sin tacha. ¿Cuál fué su crimen para merecer un castigo tan brutal?... ¡Oh, todos los pueblos de la tierra se inclinan reverentes ante su actitud de leal y de

bravo, porque defiende su integridad, enastando bien alto la inmaculada bandera del derecho y la justicia!...

Opuso el pecho de sus héroes con decidida energía ante las pretensiones innobles del invasor que reclamaba su sumisión y su complicidad para dar un golpe certero a su enemigo; pero noble y gentil, aceptó el reto y fué altivo al sacrificio a los campos de batalla, antes que traicionar cobardemente sus propias convicciones.

El más sagrado y sublime de los sentimientos se anida en el corazón de aquel pueblo, el de la patria, y fuerte por la unión de todos los brazos que se alzaron con crispaciones de santa indignación ante la ofensa, contuvo a las masas que al fin por su superioridad numérica y por sus poderosas máquinas de destrucción debían imponerse destrozándolo todo, para alcanzar un triunfo que es una mancha en la civilización contemporánea.

Y la heroica Lieja cayó despedazada por la pujante fuerza de los cañones prusianos, y después Namur, Charleroi, Mons. Y cuando las iras germánicas se estrellaban impotentes ante aquel puñado de héroes que resistían aún sin doblegarse, concibió entonces el invasor la más terrible y sangrienta de las venganzas, y redujo a cenizas a la egregia Lovaina, derramando a torrentes la sangre de sus pacíficos habitantes, cuando las tropas defensoras ya no podían prestarle su auxilio. Viejos, mujeres, ni-

ños cayeron bajo el fuego homicida de las armas prusianas, y para dejar la nota más elocuente de su barbarie, consumó con el incendio su obra de exterminio, reduciendo a la alegre villa a un informe montón de escombros calcinados... La hermosa biblioteca donde como reliquias de los siglos pasados se guardaban valiosos documentos, fué devorada por las llamas, y la historia a través de las edades hará parangón de este acto de vandalismo con aquel otro que privó al mundo de los tesoros que guardaba Alejandría...

Pero no ha conseguido con el terror doblegar a aquel pueblo de atletas, el que luchando noche y día, rendido por las fatigas de la colosal jornada, sigue sin embargo radiante de esplendor y de gloria en medio de su derrota, sin decaer en sus alientos titánicos, para no ceder un palmo de su territorio sin el sacrificio de su sangre. Y su rey, valiente e intrépido, como los héroes de las homéricas cruzadas, allí está también sobre las ruinas de su desolada patria, al pie mismo de las trincheras, desafiando las metrallas que van a estrellarse furibundas a sus pies...

La feroz carnicería no tuvo un solo momento de reposo, y aquel pueblo altivo que defiende su existencia con tanta heroicidad, despierta en el mundo la admiración y la simpatía por sus excelsas virtudes. Fué en la paz, ejemplar por su labor fecunda, y en las rudas jornadas de la lucha, es magnífico por su heroísmo.

En el último rincón de su territorio aun resiste

el empuje de un enemigo tan formidable, y puesta la mirada en el porvenir, sangrando sus heridas y debilitado, porque ¡ay! son muchos ya los que cayeron, no desmaya en sus esperanzas y confía que al fin la ambición teutónica no ha de lograr encadenar a la Europa a su carro triunfal. Y en el día glorioso de su triunfo, cuando las dianas hiendan los aires con alegres sonidos, el regocijo renacerá en los corazones de aquel admirable pueblo, aunque serán muchos los que faltarán para batir palmas del uno al otro extremo. Vendrá la hora de la reparación, y mientras las salvas de todas las naciones de la tierra retumbarán rumorosas como símbolo de victoria, una palabra de execración asomará a los labios de todos los hombres libres, contra aquellos que causaron tanto daño...

.. ..

Pueblo intrépido que has dado al mundo una página de inextinguible brillo, vivirás eternamente en la memoria de todas las naciones civilizadas. Tu lucha es la más santa de las luchas humanas; tu sacrificio es el más sublime de los sacrificios. La justicia es tu antorcha fulgurante, y el derecho tu ejida protectora; tu sangre generosa cae en gotas fecundas sobre el suelo querido de tus proezas y tus glorias, y la tierra bañada de rocío cual si fueran sus lágrimas, absorbe con avaricia aquella savia de vida para resplandecer en el día de la victoria cubriendo las campiñas de flores alegres.... Y allá irán en caravanas interminables las generaciones de todo el universo, para descubrirse silen-

ciosas ante tus ruinas, con la emoción que el heroismo exalta; y entonces tu nombre, ¡oh invicta Bélgica! pasará a la historia obscureciendo el brillo de Esparta y de Atenas. Y esa será la eterna derrota de las legiones que hoy descargan sus iras en tu suelo, porque resurgirás cada vez más hermosa y más digna, ante la conciencia universal que te admira... El mundo civilizado se descubre con respeto en la hora de tu sacrificio, ¡oh grande y magnífica Bélgica!...



XVI

Las probables consecuencias de la guerra

Es obra por demás aventurada augurar, aunque sea aproximadamente, las posibles consecuencias de esta guerra, porque es tan incierta la marcha de los sucesos, y son tan múltiples y encontrados los intereses puestos en juego, que resulta tarea casi inútil, lanzarse a la predicción de los acontecimientos. Pero estamos en una época de conjeturas y pálpitos, en que a falta del conocimiento positivo de los hechos, y como un calmante para la exaltación del espíritu y alta tensión nerviosa en que vivimos, la inventiva por más disparatada que sea proporciona un reposo y dá un pábulo a la "loca de la casa" para que haga sus incursiones por las comarcas donde Mme. de Thèbes hace su cosecha en nuestros tiempos.

¿Cuáles serán las naciones que alcanzarán la victoria en esta espantosa tragedia, y cuáles serán sus consecuencias?... Sin ninguna pretensión, por

cierto, y con el cargo de corregir "a posteriori" las omisiones o las conjeturas más o menos equivocadas, vamos también a hacer nuestras deducciones, fundándonos a nuestra manera, en la sucesión de los hechos producidos y sus causas originarias, siguiendo después la lógica de la evolución de los pueblos, que no ha de dar pasos regresivos.

Esta guerra será de larga duración. Alemania y Austria-Hungría van jugando su propia existencia; saben que su derrota significará la desmembración de los dos imperios con la caída de sus monarquías, y han de hacer, entonces, los esfuerzos más inauditos para evitar la catástrofe. ¿Y podrán evitarla al fin....? Lógicamente no. Alemania ha demostrado una superioridad indiscutible sobre las demás naciones de Europa, y su acción rápida y enérgica, pareció en un momento que iba a darle la victoria. Pero su esfuerzo se detuvo; su energía que dió en su primer impulso todo cuanto podía dar fué positivamente contrarrestada. Si entonces no triunfó, cuando disponía de enormes fuerzas, frescas, entusiasmadas, llevadas en alas de la victoria por los primeros éxitos, su victoria final se hará cada vez más difícil. Alemania y Austria quedarán agotadas. Las fuerzas aliadas contarán continuamente con tropas descansadas y podrán no sólo cubrir los claros, sino también aumentar sus efectivos. Las pérdidas de los austro-germanos no pueden ser reparadas, y cada hombre que cae es un combatiente menos que tendrán. Necesariamente en esta progresión llegará primero al ago-

tamiento quien deje primero de reponer sus bajas.

Por otra parte, mientras Inglaterra disponga del dominio de los mares, sus aprovisionamientos estarán asegurados y nada faltará a las tropas aliadas por más que se prolongue la guerra; pero no ocurrirá otro tanto en Alemania y Austria-Hungría, países donde la escasez ya ha comenzado a hacerse notar, y si la guerra se prolonga más de un año, lo que es muy posible, las dificultades para obtener lo indispensable para sus ejércitos y su pueblo, habrán aumentado considerablemente. Y ésta no es una deducción meramente antojadiza, porque ahora mismo en los países neutrales, y aún en los mismos centros de producción, se nota la escasez de ciertos artículos de consumo que van aumentando constantemente de precio. Esto provocará una honda crisis en Alemania y Austria-Hungría, y como sus tropas irán cediendo terreno cada vez más debilitadas, y el cerco marítimo se irá posiblemente estrechando, todas las fuerzas se replegarán al interior de Alemania, en actitud puramente defensiva, hasta que al fin la misma extenuación podrá más que las metrallas, y la derrota de los austro-germanos quedará consumada. La altivez teutónica será quebrantada al fin, y su pretensión de vencer a todas las naciones de la tierra coaligadas para defenderse de sus atropellos, habrá sido una fantasía sangrienta del militarismo, cuyo derrumbamiento celebrará la civilización regocijada.

Las condiciones de la paz que debe celebrarse bajo tales auspicios, serán impuestas absolutamente por los vencedores, y recién entonces comprenderá toda la magnitud de su error el partido militarista prusiano que ha hecho esta guerra. Además de las irreparables pérdidas de preciosas vidas que la guerra ha ocasionado, tanto más sensibles cuanto que en las primeras líneas han caído los hombres más jóvenes, sufrirán otras consecuencias funestas y la ruina habrá caído sobre los dos imperios vencidos.

Estas consecuencias podemos agruparlas en tres categorías: las económicas, las políticas y las morales.

Las consecuencias económicas pesarán sobre todo el mundo, pero en forma más violenta sobre los países beligerantes, y más aún, sobre los vencidos. Dichas consecuencias serán:

1.°—Gran crisis económica en todo el mundo.

2.°—Preponderancia de las industrias de la América.

3.°—Aumento de la emigración europea.

4.°—Decadencia del industrialismo alemán.

5.°—Fuertes indemnizaciones de guerra pagadas por Alemania y Austria-Hungría a las naciones aliadas.

6.°—Devolución a Francia por parte de la Alemania de los cinco mil millones de francos que percibió en 1871, con intereses acumulados desde dicha fecha hasta la terminación de la actual guerra.

7.°—Desarrollo y prosperidad de las colonias francesas e inglesas.

8.°—Decadencia del comercio europeo.

Las consecuencias políticas serán trascendentales, y las potencias aliadas no perderán la oportudad que por primera vez se le presentará en la historia para solucionar todas las cuestiones pendientes del continente europeo bajo una base inconmovible y que garanta definitivamente la paz. No hacerlo así sería incurrir en gravísimos errores cuyas consecuencias la humanidad volvería a lamentar más tarde.

Las probables consecuencias políticas serán las siguientes:

1.°—Desmembración del imperio austro-húngaro, formándose algunos nuevos países y anexándose a las naciones de su origen los diversos pueblos que hoy forman la Austria-Hungría.

2.°—Formación de la Gran Servia según las aspiraciones del partido "Norodna Obrana".

3.°—Expulsión de los turcos de Europa y pérdida de algunas provincias del Asia Menor.

4.°—Toma de posesión de Constantinopla por los rusos, dejando neutrales los Dardanelos y el Bósforo.

5.°—Italia incorporará a su territorio las provincias de origen italiano, que están en poder de Austria-Hungría, y su predominio en el Adriático con el puerto de Valona, quedará definitivamente asegurado.

6.°—Disgregación del imperio alemán, devolviendo los territorios conquistados a los países correspondientes, y neutralidad del canal de Kiel.

7.°—Francia tomará posesión de la Alsacia-Lorena.

8.°—Bélgica obtendrá compensaciones territoriales.

9.°—Se devolverá la independencia a Polonia.

10.°—Inglaterra afianzará su hegemonía y se consolidará su vasto imperio colonial.

11.°—Se demolerán las plazas fortificadas de Austria-Hungría y Alemania, y se confiscarán las fábricas de armas y astilleros navales.

12.°—Afianzamiento del panslavismo en los Balkanes.

13.°—Disminución de la población de Europa.

14.°—Derrumbamiento del militarismo en todo el mundo.

15.°—Resurgimiento de la democracia.

Las consecuencias morales serán éstas:

1.°—Decadencia de los sentimientos de solidaridad entre los pueblos hoy en guerra.

2.°—Afianzamiento de la amistad de las naciones aliadas.

3.°—Establecimiento de un tribunal mundial de arbitraje para todo asunto de carácter internacional.

4.°—Predominio de la civilización americana.

5.°—Abolición del derecho de conquista.

6.°—Desarme universal.

7.°—Renacimiento de las letras y las bellas artes.

8.°—Decadencia del espíritu religioso. (1).

Quien no participe de las ideas que quedan expuestas, podrá encontrar disparatadas y antojadizas estas conjeturas. No hay que afligirse por ello sin embargo: le queda el derecho de formularlas libremente a su vez, y así puede tomar en desquite todas las compensaciones que le plazca. La modificación del mapa europeo en estos tiempos no es cosa que merezca mayormente la pena...

---

(1) A cada una de estas consecuencias podríamos fundarla con alguna extensión, pero esto sería demasiado largo ya, y no entran en nuestros propósitos hacer discusiones sobre tópicos tan complejos y a la vez tan problemáticos.

XVII

El porvenir de América

Los ecos que nos llegan de allende el océano, sobre la forma cruenta y por demás despiadada como se desarrolla la guerra en Europa, revelan una ferocidad de instintos y una dureza de sentimientos que nadie hubiera imaginado en pueblos de tanta cultura. La guerra se hace sin cuartel y se acusa a Alemania de haber violado sin miramiento alguno el derecho de gentes aceptado en las convenciones de Ginebra y la Haya. Sabemos desde luego, que la guerra es un hecho anormal y violento, en que se suspenden las garantías y los derechos, y que cuando el cañón resuena no impera más ley que la de la fuerza. Pero precisamente para morigerar tanto como sea posible los horrores de la guerra, es que las naciones civilizadas han aceptado algunas cuantas cláusulas, para evitar los atropellos inútiles, para impedir los desbordamientos que la excitación de la lucha produce, pa-

ra suprimir los actos de crueldad estériles, y para garantir la vida y la propiedad a los no combatientes, que quedan desde el estallido de la guerra a merced de los acontecimientos.

La civilización que no había logrado suprimir la guerra, cuando menos había realizado un paso encomiable suavizando sus efectos todo lo posible, y esto era considerado como un triunfo de los sentimientos humanitarios predominantes en las naciones civilizadas y se confiaba que jamás habrían de ser violados tan hermosos principios.

Pero desgraciadamente no ha ocurrido así. El odio de los pueblos en lucha se ha desencadenado en forma tan furiosa, que aquella civilización se ha desprestigiado ante el concepto universal y su fracaso es un hecho evidente. Las grandes y renombradas instituciones de cultura de la Europa, sus universidades, sus colegios, sus museos, sus templos, y todos los centros que han tenido por objeto el perfeccionamiento moral e intelectual del hombre, han evidenciado con los hechos su insuficiencia: han realizado sin duda una obra magna y brillante en cuanto se refiere al desarrollo de las ciencias, de las artes, de las industrias, pero han fracasado en la parte relativa a la ética, porque sobre los sentimientos humanitarios y de confraternidad, han predominado los instintos de la barbarie, del odio y de la crueldad; y una civilización que forma solamente el cerebro, pero que deja dentro del hombre el corazón de la bestia, no tiene de-

recho de proclamarse triunfante, sino que debe aceptar su condición de fracasada.

La humanidad ha presenciado las escenas más horripilantes y los atropellos más brutales, y como una sangrienta ironía, la nación que más se ha distinguido en esta obra de exterminio, invoca constantemente por intermedio de su soberano al sér supremo cuya ayüda demanda, y proclama su tradicional cultura por boca de sus sabios. Y mientras tanto quedan los campos yermos por donde cruzan sus huestes; las ciudades se convierten en montones de escombros; los monumentos históricos que otras civilizaciones más atrasadas respetaron son demolidos inútilmente; se fusila a los no combatientes en grupos amontonados junto a los muros de sus propios hogares, sin respetar ni edad ni sexo; se realiza el pillaje saqueando las viviendas; se incautan de los valores de los bancos y se imponen enormes tributos a las ciudades dominadas; se llevan a los habitantes pacíficos al territorio enemigo para hacerlos trabajar como esclavos; se toman rehenes para sacrificarlos a la primera falta de cumplimiento a sus imposiciones; se destruyen las fábricas, las minas, las propiedades privadas, solamente para causar el mayor daño posible; se arrojan bombas explosivas e incendiarias sobre ciudades indefensas; se hace sufrir hambre a los pueblos vencidos; se hunden naves pacíficas que atraviesan los mares llevando pasajeros neutrales; se derrumban templos, se incendian bibliotecas, se hace gala de no dejar piedra sobre pie-

dra; se cortan las manos a las mujeres, se acribilla de heridas a los ancianos, se violan las niñas, se asesinan a las criaturas... Y los generales dicen que esos son los horrores de la guerra y no pueden impedirlos!...

¿Qué guerra es esta, entonces, que tales hechos realiza? ¿Qué pueblos son los que emplean esos procedimientos tan bárbaros?... Las naciones que así se desangran, que mancillan con sus horrores a la civilización del mundo, llaman "salvajes" a los pueblos de América y los miran con el más profundo desprecio, llegando a manifestarse sorprendidos e irónicos cuando una revolución sin trascendencia suele turbar la vida de nuestras jóvenes repúblicas!... Nuestras guerras internacionales, nuestras revoluciones, nuestros motines, jamás han tomado el aspecto feroz y despiadado de la guerra europea, y hasta el último caudillo de nuestras pampas o montonero de nuestras selvas, guarda dentro de su pecho sentimientos más hidalgos y generosos para con los pueblos vencidos. Nos faltará indiscutiblemente el alto discernimiento que la ciencia infunde, pero los sentimientos se manifiestan más grandes, inspirando ideales más humanos.

En este mismo año un hecho significativo y de trascendencia ha probado al mundo civilizado la solidaridad de las naciones de América. Los Estados Unidos, siguiendo la política que los pueblos europeos aplican con frecuencia, intervinieron en México tomando posesión "manu militare" del

puerto de Veracruz. Tal acto era un ataque al derecho internacional, y no tenía otra solución que una guerra. En la civilizada Europa hubiera ocurrido esto fatalmente. La República de México no estaba, naturalmente, en condiciones de afrontar una guerra con probabilidades de éxito contra los Estados Unidos, pero así y todo, es conocido el valor de los mexicanos y su patriotismo los hubiera llevado a cualquier sacrificio. Sin embargo, un hecho feliz vino a evitar el terrible conflicto. Los representantes de la Argentina, Brasil y Chile, debidamente autorizados por sus respectivos gobiernos, intervinieron amistosamente ante las naciones en conflicto, y después de las conferencias celebradas en Niágara-Falls, se llegó a un acuerdo satisfactorio y altamente honroso para la civilización de América. El A, B, C prestó a la causa de la paz un valioso concurso, a la vez que prestigió ante el mundo la cultura de nuestro continente. Ya en América, difícilmente podrá estallar una guerra internacional, pues el conflicto de los Estados Unidos y México era un "casus belli", y al evitarse la catástrofe, se ha establecido un precioso antecedente para la paz americana. ¿Qué causa más grave que la invasión territorial, aunque sea temporariamente, puede producirse entre las naciones?... Y si ese hecho no ha provocado una tragedia, quiere decir entonces que las soluciones de los conflictos no son tan difíciles de hallarlas cuando hay buena voluntad para buscarlas.

Es que en América priman otros principios y

otros ideales; los pueblos americanos se sienten inspirados por sentimientos de confraternidad y solidaridad de aspiraciones; aquí no hay luchas de razas, no hay rivalidades tendenciosas, no hay odios ancestrales ni envidias mezquinas. La lucha por la vida en los pueblos americanos no ofrece el aspecto de ferocidad con que se manifiesta en la civilización europea: aquí hay abundancia de productos, la naturaleza es pródiga, la extensión continental es vasta para el desenvolvimiento de todas las actividades. La democracia impera fuertemente arraigada, y están abiertas las naciones para todas las razas, para todas las creencias, para todas las aspiraciones. Los hombres están mancomunados por ideales más generosos; algunas aberraciones que por espíritu de imitación han querido implantarse, aquí han fracasado, y así tenemos que la paz armada no existe en realidad, aunque algunos gobiernos se han dejado seducir por el falso concepto del militarismo y sus aparatosas fastuosidades. No; la paz armada en América es hoy más que nunca un anacronismo. ¿Por qué van a pelear las naciones americanas? ¿Acaso existen rivalidades de intereses que puedan comprometer su paz? El honor nacional no puede resentirse jamás entre pueblos hermanos hasta el extremo de lavar con la sangre y el exterminio las ofensas inferidas. Las dificultades que puedan suscitarse siempre han de encontrar soluciones pacíficas si para ello se dispone de buena voluntad.

Los pueblos de América y particularmente de la

América del Sur, tienen casi todos un mismo origen; es la misma raza esparcida a los cuatro vientos para cimentar una civilización. La misma lengua, la misma religión, las mismas costumbres. Con gobiernos demócratas semejantes, con nobles aspiraciones al trabajo, a la difusión de la cultura, al ensanche de su producción y riqueza, al aumento de su comercio. Sus relaciones son cordiales en el presente y juntos lucharon en el pasado por el triunfo de ideales comunes. "Nada nos separa, todo nos une", como ha dicho un ilustre estadista, y la política de las naciones americanas debe encauzarse dentro de normas modernas, a base de simpatía, de confraternidad, de amistad recíproca y de lealtad.

La confederación de las naciones americanas, como medio eficaz de asegurar su engrandecimiento y propender a su mayor vinculación debe ser el hecho inmediato con que los pueblos de la América respondan a las turbulentas agitaciones europeas. Ya tenemos una oficina internacional de unión panamericana con asiento en Wáshington y con un precioso boletín que reparte por todo el continente. Es una base propicia para edificar la gran obra. Nada de recelos, nada de envidias, nada de absorciones e imposiciones odiosas. Quizá convenga una confederación aduanera como medio de garantía recíproca de los intereses comerciales de los países americanos, pero más que todo conviene que cada estado realice su organización democrática definitivamente, que fomente su cultura, propenda

al mayor desarrollo de sus industrias despertando hábitos de trabajo en los pueblos, como base de la independencia económica que es en realidad el mejor fundamento de la prosperidad de las naciones.

El ideal de América, libre y unida, fué el que inspiró a los primeros hombres que lucharon por la emancipación de estos países. Que esa noble visión resurja esplendorosa en todos los corazones americanos, para estrechar nuestros vínculos de amistad y de solidaridad internacional. Hemos de llegar así a la conquista más bella de la civilización: la paz indestructible, cimentada por el amor de raza, por el altruismo triunfante, por la mancomunidad de aspiraciones.

Aquella civilización del continente europeo se manifiesta en decadencia. Su obra de destrucción, de ruina, de suicidio, revela la honda perturbación moral que la disgrega. Han sido incapaces de acercarse, de perdonarse mutuamente sus errores, de vincularse con lazos de amor y simpatía para trabajar unidos por la felicidad de los pueblos. La historia los exhibe desde épocas remotas guerreando siempre; sacrificándose en estériles querellas, empeñados en las más horrendas contiendas. Sus rivalidades y sus odios han supervivido a pesar del alto grado de cultura que alcanzaron. No pudieron sus sabios, sus filósofos, sus sociólogos y poetas hacer obra de concordia. Es que llevan en sus venas la herencia envenenada de los siglos. La civilización edificó sobre muros derruídos; las dinastías obraron negativamente ante el avance del

progreso y quedaron con sus viejas fórmulas imponiendo su yugo. La democracia ha quedado en muchas naciones estacionaria, y sólo en Francia se ha abierto camino resueltamente. Francia es el baluarte del porvenir que se hiergue como un faro de salvación y es por eso que su causa en esta hora solemne, despierta las simpatías del mundo entero. Ella trazó con los derechos del hombre otros destinos a la especie humana; de allá vino a la América el ideal sublime de la libertad que aquí encontró tierra fértil para prosperar, y nuestro espíritu se buriló bajo su éjida para dar sólido fundamento a la democracia.

La América salvará a la civilización despedazada por las grandes naciones que la fundaron. De aquí irán los nuevos ideales a curar las heridas que los odios causaron, y cuando caigan rendidos los combatientes, exhaustos por las fatigas de sus luchas, abatidos por el dolor, exangües y agonizantes, la dulce palabra de consuelo resonará en sus oidos, llevada por la América, que como hija cariñosa irá a llorar junto al lecho de muerte de su madre, para anunciarle que ella recogerá el fruto de su experiencia, y que augusta marchará por la senda del progreso, levantando la bandera de la paz, para redimir a los pueblos y conquistar su felicidad y su grandeza!

Dolores, noviembre 6 de 1914.

INDICE

[illegible]

3

21 [illegible] 6

41 [illegible]

67 [illegible]

70, 71 [illegible]
72 [illegible]
74, 75 [illegible]
84 – effective of [illegible]

103 [illegible]

108 [illegible] shell effect
[illegible]
110 [illegible]
[illegible]
111 – [illegible]
[illegible]



